

# La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

BARCELONA 31 DE MAYO DE 1909

NÚM. 1.431

ADVERTENCIA.—Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el volumen segundo correspondiente á la serie del presente año, que es el segundo tomo de la celebrada é interesantísima novela de José Selgas DEUDA DEL CORAZÓN. EL ANGEL DE LA GUARDA, ilustrado con magníficos dibujos de Mas y Fondevila.

SOROLLA EN EL MUSEO DE BÚFFALO



IDILIO EN EL MAR, cuadro de Joaquín Sorolla



## SUMARIO

**Texto.**— Sorolla en el Museo de Buffalo, por Sebastián Cru-  
set. — Milocha, por Sebastián Gomila. — París. Exposición  
de trajes antiguos. — Barcelona. Homenaje á Angel Guimerá.  
— Valencia. Inauguración de la Exposición Regional por  
S. M. el rey D. Alfonso XIII. — Madrid. Inauguración de la  
Exposición de Bellas Artes. — Isaac Albéniz. — Problema de  
ajedrez. — Ladrón de amor, novela ilustrada (continuación).

— Copa Cataluña. Carreras de «voiturettes.» Circuito del  
Bajo Panadés. — Regatas en Santa Cruz de Tenerife.  
**Grabados.**— *Idilio en el mar*, cuadro de Joaquín Sorolla. —  
Buffalo. El Museo Artístico Albright. — Medalla de la «So-  
ciedad Hispánica de América» de Nueva York. — Interior de  
la Galería XIII del Museo Artístico Albright. — Al agua. —  
Después del baño. — Bueyes dispuestos para arrastrar las bar-  
cas á la playa. — *Mis hijas Elena y María en trajes valencia-  
nos de principios del siglo XIX*, cuadros de Joaquín Sorolla.  
— París. Exposición de trajes antiguos en el Museo de Artes

Decorativas, seis fotografados. — Tres vistas fotográficas del  
Homenaje tributado á Guimerá en Barcelona. — Cuatro foto-  
grafías tomadas de la Exposición Regional de Valencia. —  
Madrid. S. M. el rey D. Alfonso XIII y demás personas de  
la Real familia en el acto inaugural de la Exposición de Be-  
llas Artes. — Isaac Albéniz. — Copa Cataluña. Carreras de  
«voiturettes.» Circuito del Bajo Panadés, cuatro reproduc-  
ciones fotográficas. — Balandro «Chances» y Equipo de seño-  
ritas de las regatas de Santa Cruz de Tenerife. — Constanti-  
nople. El sultán Mohamed V dirigiéndose á su palacio.

## SOROLLA EN EL MUSEO DE BÚFFALO

Las obras del acreditado pintor Sr. Sorolla no po-  
dían menos de llamar extraordinariamente la aten-  
ción en Buffalo después del magnífico éxito obtenido

una vista admirable del cuadro mayor en la colec-  
ción, *Mis hijas María y Elena á caballo* con trajes  
valencianos antiguos. Un caballo blanco de tamaño

los medios posibles. Con ello la institución ganaría  
en distinción. El que estas líneas escribe no conoce  
otra pintura en el mundo tan absolutamente admi-



Buffalo.—El Museo Artístico Albright, en donde se ha efectuado la exposición de obras de Sorolla

en Nueva York. El museo de aquella ciudad, llama-  
do «Albright Art Gallery,» en donde se celebra la  
exposición de sus obras, es un hermoso edificio co-  
piado en parte del Erecteo de la Acrópolis de Aten-  
as, construído mediante la donación de un millón  
de duros por el ciudadano Mr. John J. Albright en  
1900. No le falta un cuerpo académico que cuida de  
la adquisición de obras artísticas y una escuela de  
Bellas Artes dirigida por dicha academia.

Un crítico local ha-  
blando de Sorolla dice:  
«Es un optimista es-  
pléndido; parece ver  
todas las cosas del me-  
jor lado, y expresar lo  
que ve de una manera  
llena de espontaneidad  
y regocijo... Los que  
estudian los trabajos  
de Sorolla tienen que  
ver, en adelante, efec-  
tos de la naturaleza  
que nunca habían vis-  
to, ó que, habiéndolos  
visto, nunca los han  
percibido. Y tal vez lo  
más importante que  
Sorolla está haciendo  
en el mundo es eso de  
dirigir la gente á mirar  
al natural con una mi-  
rada y apreciación nue-  
va. El mundo está lle-  
no de belleza para  
quien la ve según Sorolla la ve y como las pinturas  
de Sorolla enseñan á otros á verla...»

»Nunca el interior de la galería artística Albright  
se había visto tan plenamente penetrado de luz solar  
como ahora. Arriba puede estar nublado, pero las  
galerías están inundadas de luz... Mirando al Sur y  
de pie al centro del patio de la escultura, se obtiene

natural, ricamente enjaezado, sobre el cual van dos ni-  
ñas—la mayor montada á horcajadas y la otra soste-  
niéndose detrás,—camina lentamente por el sendero  
de un jardín español bajo la luz solar de una maña-  
na brillante. Visto desde lejos, el caballo y figuras  
parecen absolutamente destacarse del fondo. Mien-  
tras uno contempla esta composición casi olvida que  
está mirando un retrato sobre superficie plana: la

im-  
presión de la realidad es arrebatadora. Entonces

es interesante acercarse y notar con qué pinceladas  
más desahogadas, decisivas y seguras, el artista ha  
producido este milagro de expresión... La colocación  
de este cuadro es ideal. Su destino final debería ser  
este tal cual está ahora colocado. Debe añadirse á  
los tesoros de la galería artística Albright por todos

ro de paja; la muchacha está con un vestido de tela  
fino, el cual, saturado de agua, se adhiere á su cuer-  
po. Sería imposible sobrepujar el progreso claro y  
técnico que se muestra en esta pintura. Ya se ha di-  
cho; hay, para aprender en él, un sabor singular de  
individualidad, de estilo, fundido con la diestra pin-  
celada. Es en los asuntos de este género en los que

»En la galería XIII uno no puede dejar de sentir-  
se impresionado por la pintura *Viejo castellano*; pre-  
senta toda la figura de un labriego envuelto en una  
capa tostada y un sombrero viejo de fieltro verde, de  
pie cerca de una pared blanca, echando vino en un  
vaso con un jarro blanco. Este es un trabajo tan vi-  
goroso como realístico y tan típicamente español

como cualquiera obra  
pintada por Velázquez.

»Galería V. Aquél  
están los retratos del  
rey Alfonso, el príncipe  
de Asturias, Señora  
Sorolla, Joaquín Soro-  
lla y su perro, el duque  
de Alba y el marqués  
de Viana. En el muro  
Oeste está el cuadro  
*Madre*, un retrato de  
la señora Sorolla y de  
su hija Elena recién  
nacida. En el muro  
Este se halla una pin-  
tura de las más intere-  
santes de la colección:  
*Idilio en el mar*, que  
representa un mucha-  
cho y una muchacha  
echados sobre la hú-  
meda arena con el  
agua que se mueve  
cerca de ellos. El mu-  
chacho no lleva más  
que un ancho sombre-



Medalla de la «Sociedad Hispánica de América» de Nueva York

impresión de la realidad es arrebatadora. Entonces  
es interesante acercarse y notar con qué pinceladas  
más desahogadas, decisivas y seguras, el artista ha  
producido este milagro de expresión... La colocación  
de este cuadro es ideal. Su destino final debería ser  
este tal cual está ahora colocado. Debe añadirse á  
los tesoros de la galería artística Albright por todos

ro de paja; la muchacha está con un vestido de tela  
fino, el cual, saturado de agua, se adhiere á su cuer-  
po. Sería imposible sobrepujar el progreso claro y  
técnico que se muestra en esta pintura. Ya se ha di-  
cho; hay, para aprender en él, un sabor singular de  
individualidad, de estilo, fundido con la diestra pin-  
celada. Es en los asuntos de este género en los que



Sorolla se muestra quién es. Repetidamente pinta sus jóvenes nadadores huyendo á lo largo de las arenas, envueltos en toallas, acabando de sumergirse en las olas, ó como en el hermoso ejemplo *Los nadadores*, mostrando sus cuerpos delgados y tostados dentro del mismo elemento y tomando de allí una belleza nueva... El poder de Sorolla está en su carácter alegre. No sigue á Fortuny ó Velázquez; se pone ante el natural y trata de pintar sus verdades sobre el lienzo exactamente según las ve. «Trata» es quizá una palabra vaga. Si hay alguna cosa más sugerida que otra en esta exposición, es que él pinta lo mismo que un hombre puede escribir ó anotar, asegurando lo que tiene que decir con facilidad y aplomo verdaderamente increíble.»

El Sr. Sorolla ha pintado ya una serie de retratos de distinguidas personalidades; he ahí la lista: madame Huntington, madame Alexander, madame Harriett Alexander, Mr. Robins, Mr. Kurtz, director del museo de Búffalo; Mme. Norton, Búffalo; Mr. Norton, id.; Mme. A. Z., id.; Mlle. Blodjett, Mlle. Lunjsan, Mr. Morgan (hijo), Mme. Cochran, Mme. Morgan. Mr. Taft, presidente de los Estados

que compró el cuadro *Triste herencia* tres años atrás. Es posible que todavía le vendrán más encargos, por lo que es bien evidente que el Sr. Sorolla trabaja

Washington para pintar el retrato del presidente de la República Mr. Taft, quien recibió cordialmente, le invitó á comer en su propia mesa y rodeado de su familia, sentándole á la cabecera, y lo colmó de atenciones. Sorolla ha pintado á Mr. Taft tal como lo ha visto en los cinco días de permanencia en aquella capital y se ha traído el retrato para exponerlo en su próxima exposición de Boston.

El nombre de Sorolla suena entre la gente culta, en la prensa y las revistas ilustradas, y también en colegios y academias de la Unión donde se dan conferencias. Aquí en Nueva York, en la Universidad de Columbia, he tenido ocasión de oír la conferencia que se dió referente á las obras de Sorolla, de su carrera artística y manera de pintar allá en España, particularmente en las playas valencianas; hermosas proyecciones luminosas despertaban notable interés á los concurrentes, señoritas la mayor parte, los cuales se presentaron en número tan crecido,

que fué preciso cerrar el local á los últimos. La Sociedad Hispánica se considera muy satisfecha de los resultados obtenidos en estas exposiciones de Sorolla, y en su consecuencia, le ha nombrado



Interior de la Galería XIII del Museo Artístico Albright de Búffalo con algunas de las obras expuestas por Sorolla

mucho durante su corta estancia en América. Además aún tiene que reservarse una ó dos semanas para ir á Chicago durante el mes de mayo; allá en el Art Institute le aguardan para oír su instrucción



Al agua, cuadro de Joaquín Sorolla expuesto en el Museo Artístico Albright de Búffalo

Unidos, y Sr. Piña, ministro de España en Washington. Tiene encargados para pintar Mme. Zanetti, Mlle. Janette Alexander y Mr. John E. Berwind, el

artística antes de cerrar el curso en las clases de aquella escuela. Durante su estancia en Búffalo, fué llamado á

miembro de la Sociedad y le ha premiado con una medalla de plata.

SEBASTIÁN CRUSET.



## MILOCHA

Al director del penal se le ponía avinagrado el gesto en mentándole á aquel recluso cuyo comportamiento era casi edificante. Milocha había sido indudablemente un volantón de marca. ¿Su vida? Una serie de jornadas sin color, hasta llegar la mala ocurrencia de hundir en el pecho del que insultó á su madre unos centímetros de hoja labeteña...

¡Su madre! Milocha no la conoció jamás, ni supo de ella en su vida.

Sólo sabía que su nacimiento era una condena, y que el crecimiento en la inclusa parecía un maleficio.

¿Maldecirde su suerte? Puede que sí, que alguna vez á solas diera un respingo al atinar en su estado y condición. Pero, en público, no se vió jamás cara más resignada y alegre. Con su instrucción escasa, Milocha razonaba muy bien; para el medio en que vivió, se portaba admirablemente.

Doce años de encierro y el estigma, no eran para soportados por hombre de sus condiciones. A los mismos penados infundiales lástima aquel mocetón, basto al parecer, que denotaba un fondo de delicadeza.

Harto comprendían los empleados, que le observaban frecuentemente, la imposibilidad de que Milocha resistiera el largo cautiverio. Más de cuatro veces los mismos vigilantes habíanle sorprendido sentado en el camastro, gacha la cerviz apoyada en los puños, como en ensañación; pero los ojos fijos, fieramente abiertos y, de cuando en vez, saltándoseles las lágrimas.

—¿Qué te pasa?, se aventuraba á preguntarle el director, intentando un sondeo.

—¿Qué quiere usted que le pase á un ser insignificante como yo!

—Se empujan los días, ¡ale! ¡ale!, uno tras otro. Y, cuando menos te fijas, resulta que sales... Hombre, casi estoy por decirte que nos darás un senti-

miento, ya que no un disgusto... Porque no te he de ocultar que simpatizaste, muchacho, y... ¡ea, que ya ves que se te distingue en lo que cabe!

Milocha solía sonreírse escuchando el discurso. Y objetaba con leve movimiento de torso, acusador de un triste estado de ánimo:

—¡Se sale!, ¡se sale! ¿Cómo se sale?..

Tras de eso venían las murrias, y el aquietamiento, y aquel repliegue singular en la comisura de los labios, que á ratos semejava un profundo desprecio, y otras veces una pena honda.

Y ocurrió una cosa singular, que aún hoy refieren como conseja triste los jefes que fueron del infeliz Milocha.

Su celda era paraje hartamente angosto; puede que ni mejor ni peor que otras muchas, tal vez más tétrica é incómoda de lo que la misericordia traza.

El médico había ordenado que el recluso pasara á la enfermería. Y éste se negó. Se negó, no con tonos de desobediencia ó rebeldía, sino con esfuerzos de voluntad, valiéndose de sentirse animoso y fuerte. Mas no le valió por fin, pues desmejoraba á

ojos vistas, y el facultativo, tanto atendía á razones de humanidad como de amor propio.

Ya el director hubo de imponerse, venciendo la especie de debilidad por Milocha. Y, con todo el rigor posible, se encaró personalmente con el obcecado para decirle:

por mi compañía. Yo defendí una vez su memoria... ¿no lo sabe usted?.., su memoria, que es lo único, lo único que puedo venerar de mi existencia... Con ella hablo todas las noches... Me atiende, no lo dude usted, me atiende. Dígola que se me quieren llevar, y se posa en mi mano; la ahuyento, revolotea y torna á mí al instante. La otra noche simulé que dormía; quedita estuvo en la punta del jergón durante un rato. Había sido yo cruel rechazándola brusco... Pues verá usted que, á poco, el lío que me sirve de almohada pareció contener armonía indecible... un susurro, un roce... más cercano, más, todavía más... como beso largo, larguísimo, de suave castidad, como han de besar las almas... ¡Y se posó en mi rostro!, y permanecí quieto, muy quieto, sintiendo que invadía todo mi ser una dulzura tan grande...



Después del baño, cuadro de Joaquín Sorolla que ha figurado en la Exposición de Buffalo

—La resistencia es inútil; aquí se cumplen los mandatos. Y ya ves que éste no va en son de castigo, sino por tu bien. Conque, deja la celda y pasa á restablecerte, Milocha... Debes agradecer que sea yo quien desliza la orden, dándola tonos de consejo. Estás malucho y es preciso curarte.

—Déjenme en paz, respondió el recluso.

—¿Estás tú loco?

—Por mi madre estoy aquí, ya aquí hallé á mi madre.

El director del penal miróle con recelo. Decididamente aquel muchacho deliraba por la fiebre ó empezaba á perder el juicio.

Se le acercó amigablemente y dijo con acento especial:

—¿Que hallaste aquí á tu madre?

—Su alma ha de ser, que me acompaña sin tre-gua... ¡Vea usted, vea usted cómo no miento!

Y señaló á una mariposa, de irisadas alitas, aquietada en su hombro.

—Entró hace días, se condenó á sí misma al encierro, va á morir sin duda aquí... ¿Quién es capaz de esto, sino un espíritu? ¿Qué espíritu ha de ser, sino el de mi madre? Ya ve usted... ella sacrifica su libertad

ellos enjanzados con la más escrupulosa propiedad; y las vestiduras y adornos se ostentan puestos en maniqués artísticamente confeccionados.

Imposible mencionar todos los tesoros ó curiosidades artísticas ó históricas que en esa exposición pueden admirarse; allí están los suntuosos mantos de la coronación de Carlos X, los trajes de corte y de teatro, una colección de zapatos que son todo un capítulo de arte ó de historia, un precioso vestido estilo Velázquez, vehículos de todas formas y de todas clases, caballos cubiertos con ricos arneses, tipos regionales de Francia y aun algunos del extranjero, como la pareja valenciana, retratos, objetos de tocador; en una palabra, cuanto puede dar idea de cómo vivieron las gentes de aquellos tiempos, desde el aldeano más humilde al más ilustre cortesano.

Entre las personas que han prestado su concurso á la exposición facilitando lo que guardan en sus colecciones particulares, figuran la duquesa de Lorgi, el conde de Potocki, Enrique Lavedán, la señora de Rigaud, la señorita Koenig, los Sres. Enrique Cañ, Gastón Worth, Allard du Chollet, Enrique de Allemagne, Leloir y Eduardo Detaille.—P.

Cuentan las crónicas, que de aquella no salió el infeliz. Halláronle yerto, sin vida, estereotipada en el rostro una infame expresión.

Y, con efecto, la tierna mariposa de irisadas alitas, también rígida, inmóvil, parecía libar en la cara del muerto...

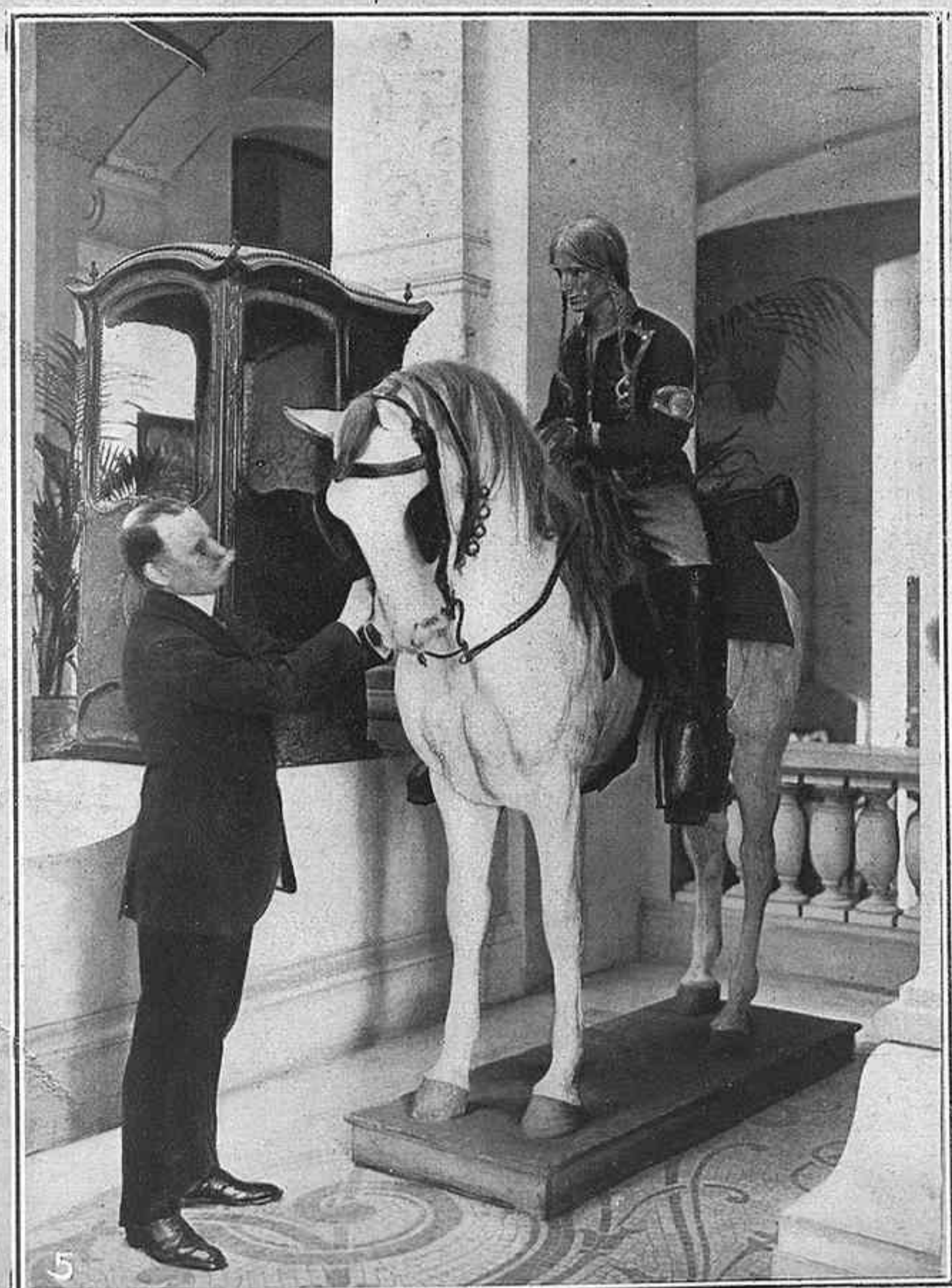
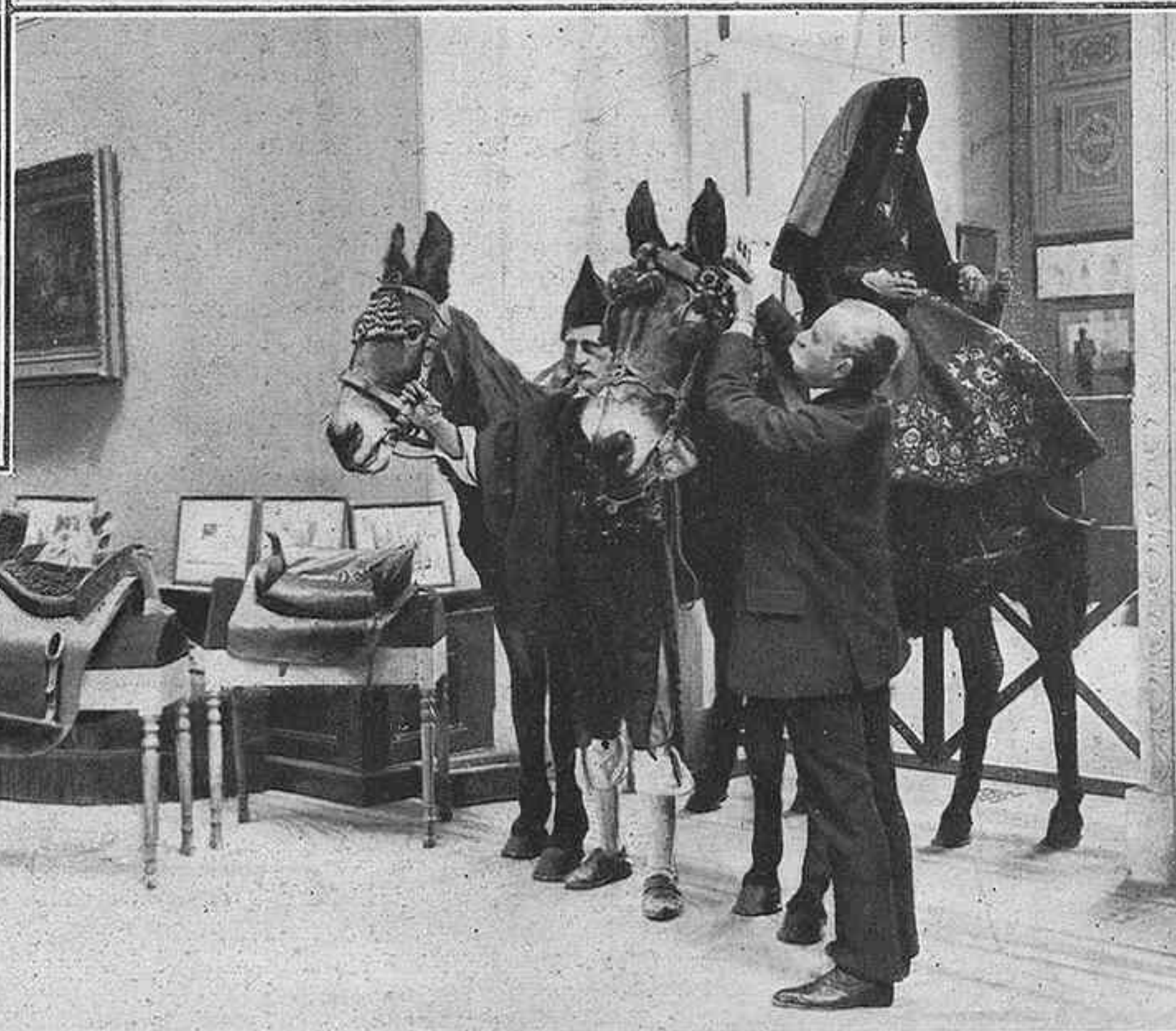
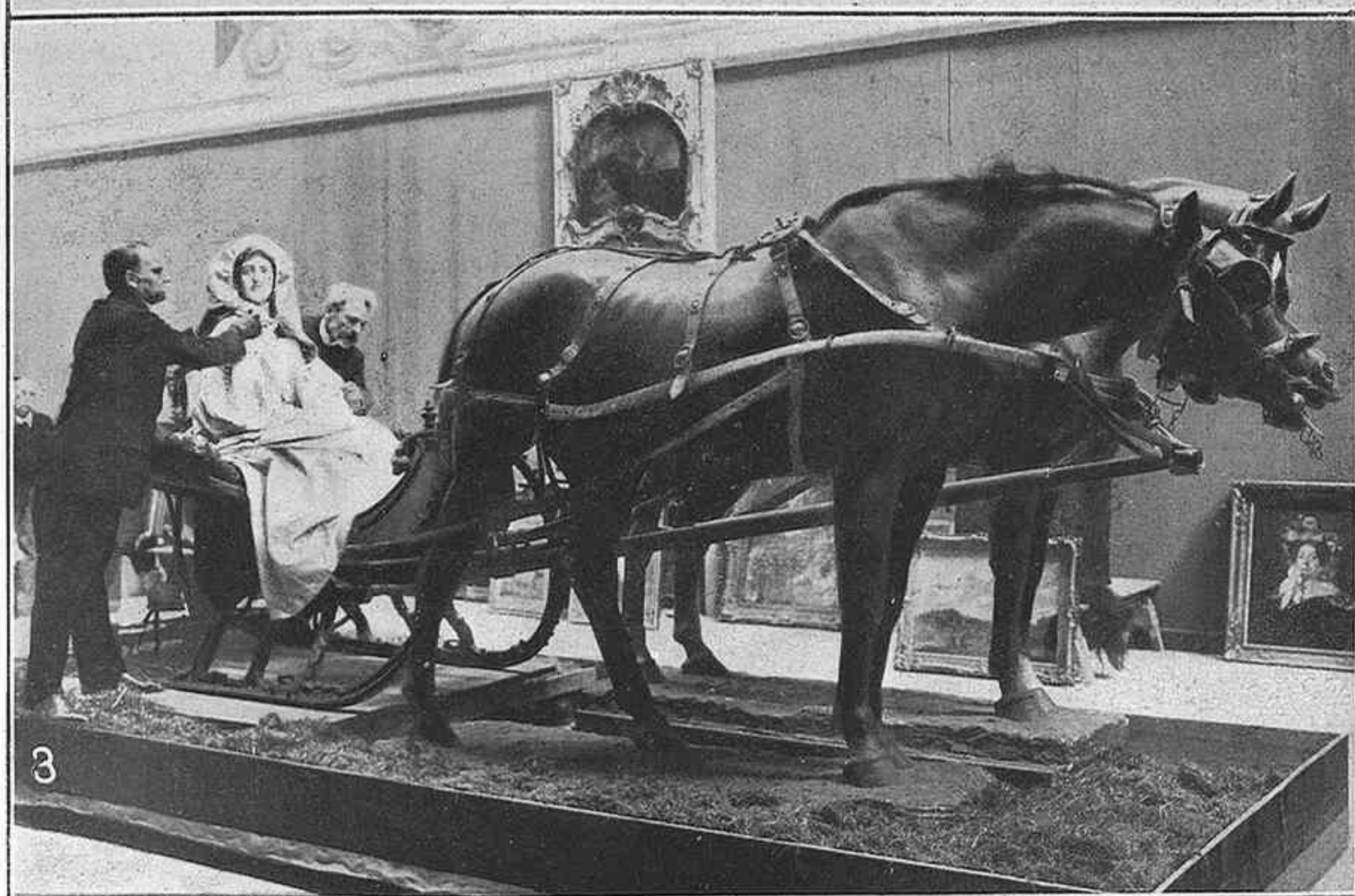
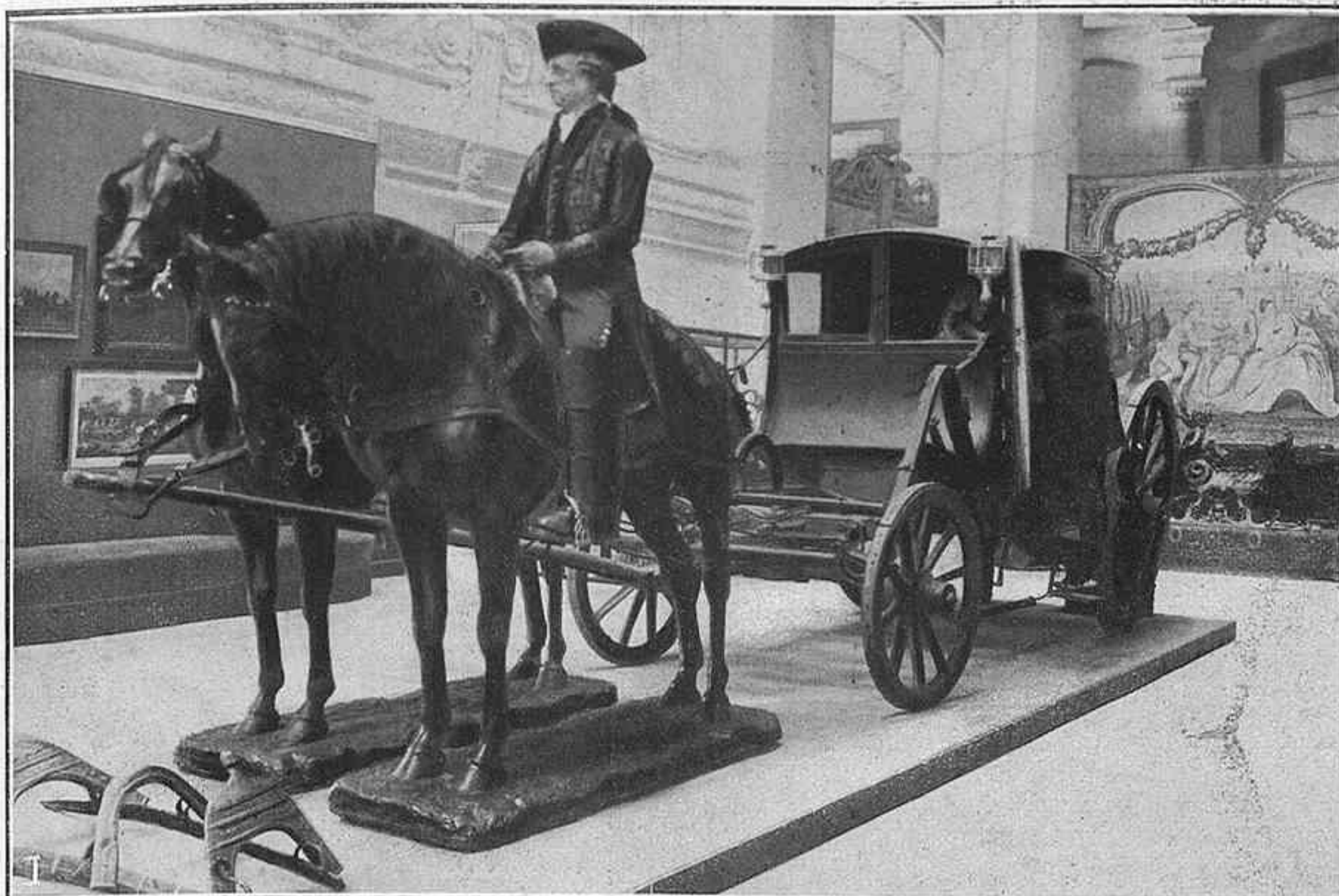
SEBASTIÁN GOMILA.

PARÍS.—EXPOSICIÓN DE TRAJES ANTIGUOS

Organizada por la Sociedad de Historia del Traje, celébrase actualmente en París en el Museo de Artes Decorativas una exposición interesantísima de trajes antiguos, que comprende, además, multitud de otros objetos curiosos en extremo y pertenecientes á los pasados siglos, presentado todo ello del modo más pintoresco y más aproximado á la realidad.

Las carrozas, las sillas de posta, los trineos, los trajes, las joyas, los arneses, son auténticos y muchos de ellos tienen verdadero valor histórico; y contribuyen á darles un aspecto de mayor verdad las condiciones en que están dispuestos. Los vehículos llevan sus cocheros y sus postillones; los correos montan los caba-





1. Coche que perteneció al baile real de Vitry-les-Français.—2. Traje de corte de mediados del siglo XVII, estilo Velázquez.—3. Trineo del conde Potocki.—4. Tipos valencianos.—5. Correo de principios del siglo XIX.—6. Damas y pajes del siglo XVII  
(De fotografías de M. Rol y C.ª)



BARCELONA.—HOMENAJE A ANGEL GUIMERÀ. (De fotografías de A. Merletti.)



La tribuna oficial durante el paso de la manifestación por la plaza de Cataluña

Las fiestas celebradas estos últimos días en honor de Guimerà han sido la más alta apoteosis con que pudo haber soñado el poeta eximio. Guimerà ha puesto todos sus amores en Cataluña, y Cataluña entera, á impulsos del más puro entusiasmo, le ha proclamado su hijo predilecto, y en manifestación imponente, grande por lo numerosa, más grande aún por lo sentida y espontánea, ha desfilado ante él, rindiéndole el homenaje de su amor y de su admiración.

El pueblo catalán, todo, absolutamente todo el pueblo catalán, sin distinción de clases, de partidos, de ideas ni de condiciones, se ha juntado para festejar al poeta catalán por antonomasia; al que en más inspiradas y vigorosas estrofas ha cantado sus glorias, al que en notas más sentidas ha llorado sus dolores; al que con más noble estro ha llevado á la escena sus pasiones rudas y sus gestas inmortales; al que con más ardorosos acentos ha evocado sus añoranzas y estimulado su voluntad para llegar á su ansiada regeneración. Y el pueblo ha glorificado á Guimerà en la plaza de Cataluña y en la montaña de Montjuich al inaugurarse la estatua del más maravilloso de los héroes por él creados, el *Manelich* de esa *Terra*

*baixa* que ha dado la vuelta al mundo, y en la Casa de la Ciudad por boca de nuestros jóvenes poetas, y en los teatros, en donde se han dado representaciones gratuitas de sus mejores obras, y en la función de gala de Novedades, en la que se puso en escena la grandiosa tragedia *Gala Placidia*, primera revelación del genio dramático que más tarde había de poner á tan inmensa altura el teatro catalán con *Mar y cel*, *María Rosa*, *Terra baixa* y tantas otras magistrales creaciones.

El día 23 de mayo de 1909 será una de las fechas más memorables en los anales de nuestro renacimiento y señalará una nueva etapa en la historia de nuestro pueblo, porque en ella se ha realizado el prodigio de unir en una comunión espiritual íntima y muy honda las almas de todos los catalanes entre sí y con el alma de nuestro poeta. Cien mil fueron los que en la manifestación del homenaje tomaron parte; millones los catalanes diseminados por toda Cataluña, por el resto de España y por todos los ámbitos del mundo los que en espíritu asistieron á ella.

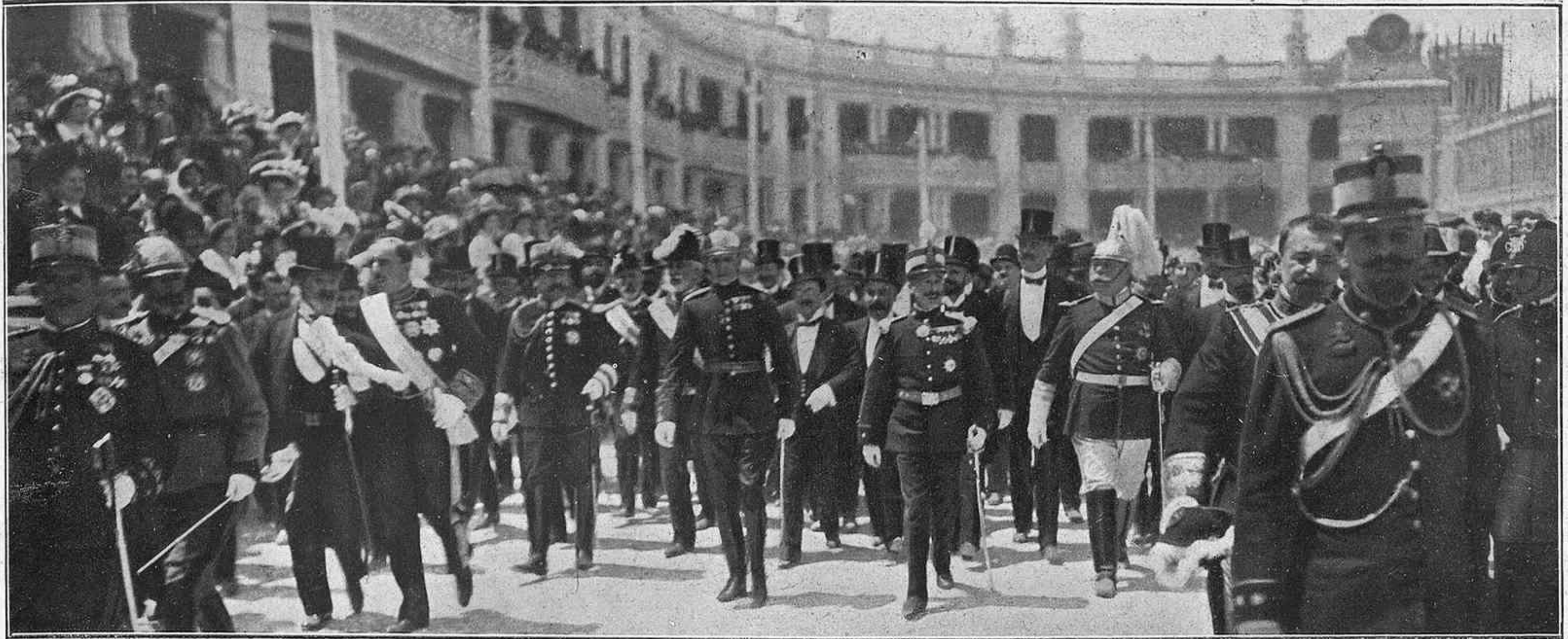
¡Qué día más hermoso para Guimerà! ¡Qué día más hermoso también para los catalanes todos! Porque Cataluña, glorificando á su poeta, se ha glorificado también á sí misma. - C.



Inauguración de la estatua de Manelich (el protagonista del drama de Guimerà «Terra baixa»), obra del escultor Montserrat  
Aspecto de la plaza de Cataluña durante el paso de la manifestación de homenaje



VALENCIA.— INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL POR S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

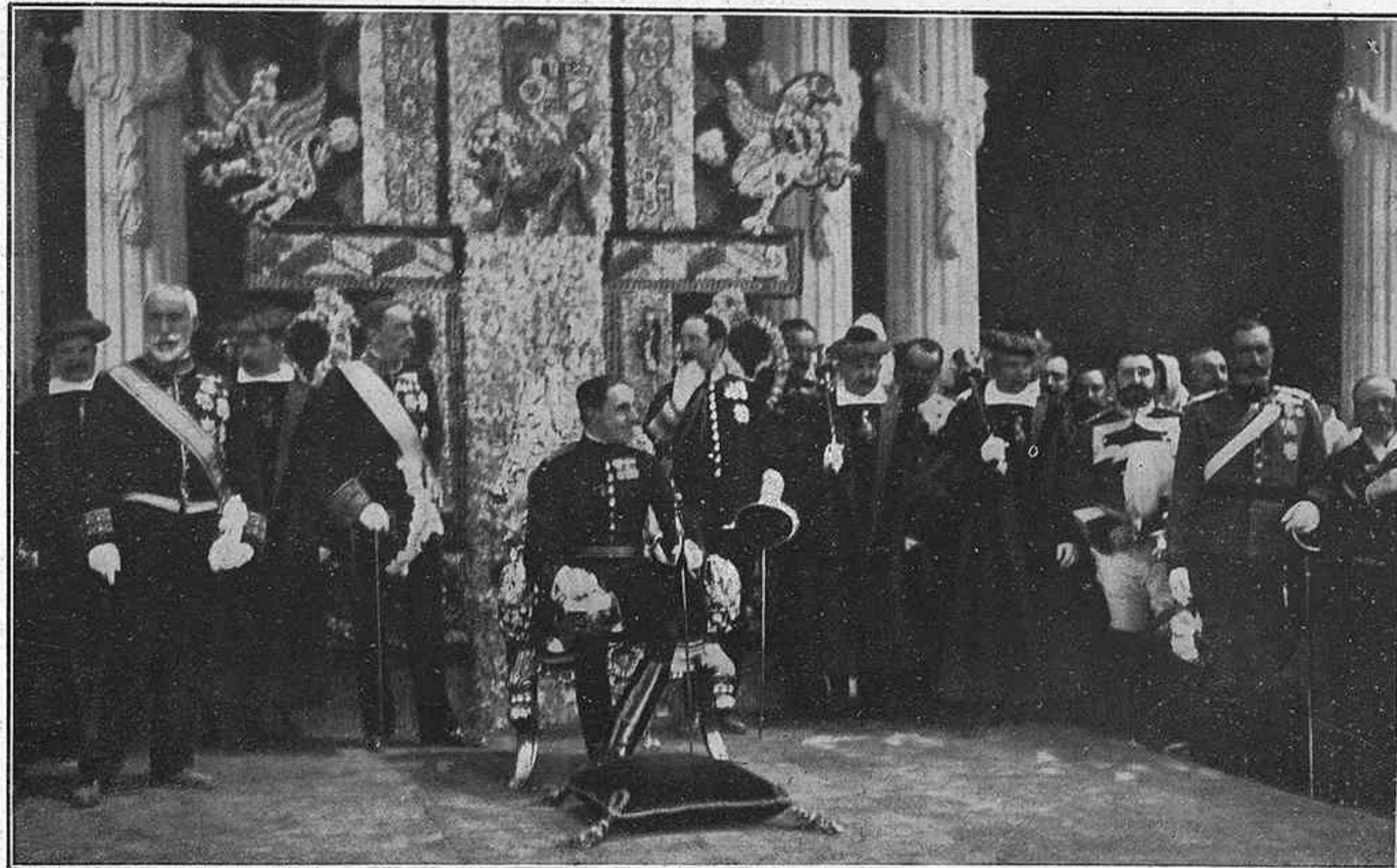


S. M. en la pista de la Exposición dirigiéndose al trono para proceder á la ceremonia inaugural de la misma

No hablaremos hoy de la exposición; fáltanos espacio para ocuparnos de ella con la detención que merece, como lo haremos próximamente publicando algunas crónicas sobre la misma. Pero sí hemos de decir que es una muestra espléndida de la vitalidad, de la riqueza, de la pujanza y sobre todo de la energía del pueblo valenciano. La impresión que ha producido en todos los que hasta ahora la han visitado ha sido de asombro. «Cuanto hemos visto supera á lo que esperábamos,» ha dicho el Sr. Maura. «Esto es maravilloso; contadas ciudades del mundo podrían hacer algo igual,» ha exclamado persona tan autorizada como el embajador de Francia Sr. Revoil. ¿A qué más comentarios?

La magna obra realizada por Valencia enaltece no sólo á ella, sino á España toda, y toda España ha de sentirse profundamente reconocida á la hermosa ciudad que á tanta altura ha puesto el nombre de nuestra patria. ¡Gloria á Valencia!

Y la justicia impone que de los aplausos y las alabanzas dirigidos á todo el pueblo va-

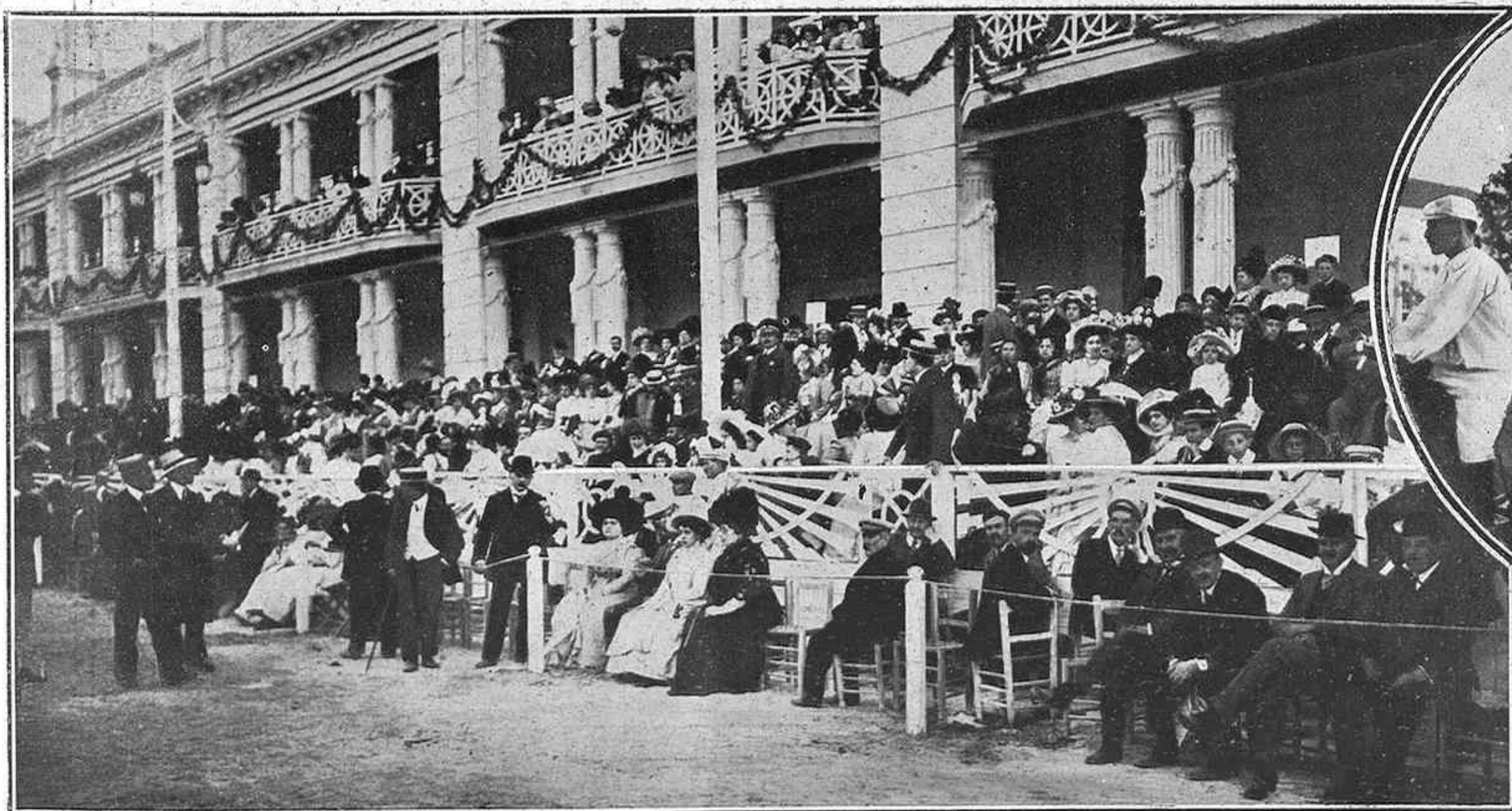


S. M. inaugurando la Exposición Regional Valenciana

lenciano, se dediquen buena parte al Comité ejecutivo y muy en particular á su presidente D. Tomás Trenor, iniciador y alma de la empresa.

La exposición ha sido solemnemente inaugurada el día 22 de los corrientes por Su Majestad el rey D. Alfonso XIII, con asistencia del presidente del Consejo de Ministros, del ministro de Marina, del embajador de Francia, de los oficiales de los buques de guerra franceses é ingleses enviados expresamente por los respectivos gobiernos, de las autoridades, corporaciones, altas personalidades y de un público inmenso. El acto fué grandioso, sorprendente.

El monarca, durante los tres días que ha permanecido en Valencia, ha sido constantemente aclamado, y en su honor se han celebrado varios festejos, como banquetes, regatas, corrida regia, cotillón en el Gran Casino y batalla de flores. Esta última resultó una fiesta soberbia, indescriptible; Valencia, cuya fama es tradicional en esta clase de espectáculos, se ha excedido esta vez á sí misma. —L.



Aspecto de una tribuna de pabellón de Bellas Artes durante la batalla de flores



Carruaje que en la batalla de flores ocuparon las seis señoritas premiadas en el concurso de Belleza.

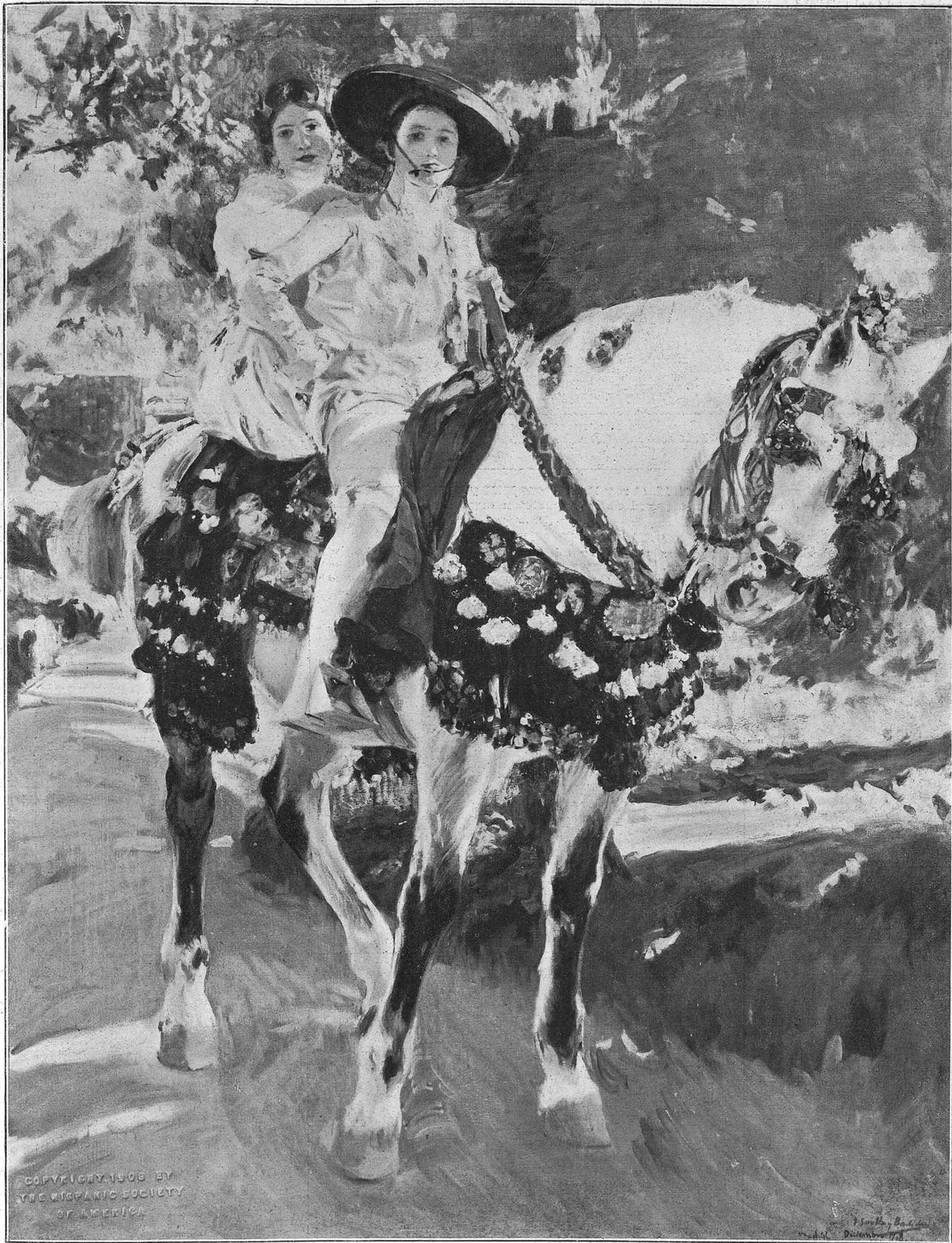
(De fotografías de Moya.)





BUEYES DISPUESTOS PARA ARRASTRAR LAS BARCAS Á LA PLAYA, uno de los más importantes cuadros de Sorolla, adquirido por el Museo Hispánico de Nueva York





MIS HIJAS ELENA Y MARIA EN TRAJES VALENCIANOS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX, cuadro de Joaquín Sorolla



MADRID. - INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

La Exposición XI bienal organizada por el Círculo de Bellas Artes de Madrid en el pabellón de Exposiciones del Retiro, fué solemnemente inaugurada por S. M. el rey D. Alfonso XIII el día 20 de los corrientes.

El monarca, acompañado de las demás personas de su real familia, llegó al sitio citado poco después de las tres, siendo recibido por la Junta del Círculo, entre cuyos miembros figuraba la presidenta honoraria marquesa de Squilache, y por el gobernador señor marqués del Vadillo y el alcalde señor conde de Peñalver.

Sus Majestades y Altezas, después de cumplimentadas al pie de la escalera que da acceso al pabellón, dirigieron a la rotonda y tomaron asiento en sendos sillones dorados, colocados al fondo del salón.

Previo la venia del rey, comenzó el acto con un breve y elocuente discurso del presidente del Círculo Sr. Aguilera, quien cantó las glorias del arte español, señaló la conveniencia de estrechar cada día más nuestras relaciones con América a fin de conservar la unidad de espíritu que se refleja en cuanto significa ciencia y arte, y terminó agradeciendo a Sus Majestades y Altezas la honra que dispensaban al Círculo presidiendo el acto inaugural de la exposición.

Contestó el ministro de Instrucción Pública Sr. Rodríguez Sampedro con otro discurso de tonos elevados y patrióticos, reconociendo la unión que debe existir entre España y los pueblos americanos y afirmando que el arte es lo que refleja el grado de cultura de los pueblos.

Declarada abierta la Exposición, las reales personas recorrieron detenidamente las salas de la misma, admirando las principales obras que en ella figuran y dedicando frases de elogio a los respectivos autores.

Después de obsequiadas con un lunch, SS. MM. y AA. abandonaron la Exposición, siendo despedidas a los acordes de la marcha real.

Además de los reyes D. Alfonso y doña Victoria, asistieron al acto la reina doña María Cristina, las infantas doña María Teresa, doña Isabel y doña Eulalia, y los infantes D. Fernando y D. Luis.

En la Exposición hay notables obras de Cecilio Pla, Hermoso, Maximino Peña, Salvador Viniestra, Alvarez Dumont, Llaneces, Juan Antonio Benlliure, Morelli, Morera, Poy Dalmau, Luis Blesa, Alicia de Coussolde, Esteve, M. del Palacio, Huarte Mendicoa, García Gil y otros.

ISAAC ALBÉNIZ

En el pueblo francés de Cambo-les-Bains falleció el día 18 de este mes Isaac Albéniz, uno de nuestros más eminentes pianistas y uno de nuestros más inspirados compositores.

Nacido en Camprodón (Gerona) en 1860 y traído muy pronto a Barcelona, fué tanta su precocidad musical, que a la edad de cuatro años dió un concierto en el teatro Romea con tal éxito, que muchos creyeron que no había sido aquel niño quien había tocado, sino un pianista escondido entre bastidores. Encargóse entonces de él el maestro Oliveras, y dos años después púsole su madre, en París, bajo la dirección de Marmontel, de quien recibió lecciones durante nueve meses.

En una excursión que realizó con su padre por las provincias del Norte de España cosechó nuevos laureles, y después de una corta estancia en Barcelona, trasladóse su familia a Madrid, entrando Isaac en el Conservatorio, en donde fué discípulo de Agero y Mendizábal.

La lectura de las novelas de Julio Verne, excitando su temperamento, ya de suyo ganoso de aventuras, despertaron en él el ansia de los viajes, que puede decirse no le abandonó en toda su vida; y un día (tenía entonces nueve años) huyó de su casa y se dirigió al Escorial, presentándose en el Círculo de los profesores y alumnos de la Escuela de Ingenieros y ofreciéndose a dar un concierto. Diólo efectivamente y consiguió grandes aplausos y algún dinero, con el cual y con lo

que en las etapas de su excursión iba ganando, visitó Avila, Zamora, Salamanca, Valladolid, Palencia, Logroño, Zaragoza, Barcelona y Valencia, dando en todas estas ciudades audiciones musicales, siempre con el mismo éxito.

Difficil es seguir ya desde aquí en sus pormenores la carrera artística de Albéniz. De Valencia regresó a Madrid, en donde

ciertos en los Estados Unidos, que le proporcionaron considerables ganancias, y de residir nueve meses en Leipzig para estudiar en aquel Conservatorio bajo la dirección de Jadosohn y Reinicke, regresó a Madrid en 1875.

Gracias a la protección del conde de Morphi, obtuvo de D. Alfonso XII una pensión, merced a la cual pudo proseguir sus estudios en Bruselas con Gevaert y Rummel; pero al poco tiempo sintió renacer su pasión por los viajes y partió otra vez para la América del Norte.

Volvió a Bruselas, en donde ganó por unanimidad el primer premio «con gran distinción» en el concurso de la clase de piano del eminente Brassin, y luego, queriendo recibir las lecciones del gran Liszt, estuvo con éste en Weimar, en Buda Pesth y en Roma.

Concluida su educación musical, reanudó sus viajes triunfales de concertista, recorriendo durante muchos años las principales ciudades de España, Cuba, México y la República Argentina. En 1883 establecióse en Barcelona; más tarde fijó su residencia en Madrid y posteriormente ha vivido en París y en Londres, aunque siempre realizando excursiones artísticas y logrando en todas partes los más entusiastas aplausos.

Albéniz en el piano era un verdadero portento; tocaba admirablemente y más admirablemente interpretaba, y su memoria y su resistencia eran realmente prodigiosas.

Como compositor, dejó escritas las siguientes óperas: *The magic Opal*, que se estrenó en el Liric de

Londres en 1893, y en la Zarzuela de Madrid, con el título de *La sortija*, en 1894; *Henry Clifford* y *Pepita Jiménez*, y la zarzuela en un acto *San Antonio de la Florida*, todas representadas con gran aplauso y algunas de ellas en importantes teatros de Inglaterra, Bélgica y Alemania. Es autor además del hermoso poema sinfónico *Catalonia*, que pudimos admirar en los recientes conciertos dados en el Gran Teatro del Liceo por la Asociación Musical de Barcelona, y de infinito número de composiciones de diversos géneros para piano, entre las que sobresalen la popular *Serenata española*, editada por varias casas de España, Inglaterra, Alemania, Francia e Italia, y la preciosa *suite española Iberia*, obra de la que ha dicho un crítico competentísimo que es de las que señalan una época. La muerte le ha sorprendido mientras estaba terminando el poema dramático *King Arthur*, destinado a la Ópera de Londres, del que tenía concluidas las dos primeras partes, *Merlin* y *Lanzarote*, y muy adelantada la última, *Ginebra*.

Recientemente el gobierno francés le había condecorado con la Legión de Honor.

¡Descanse en paz el genial artista!



Madrid.—S. M. el rey D. Alfonso XIII y demás personas de la Real familia en el acto inaugural de la exposición organizada por el Círculo de Bellas Artes (De fotografía de Asenjo.)



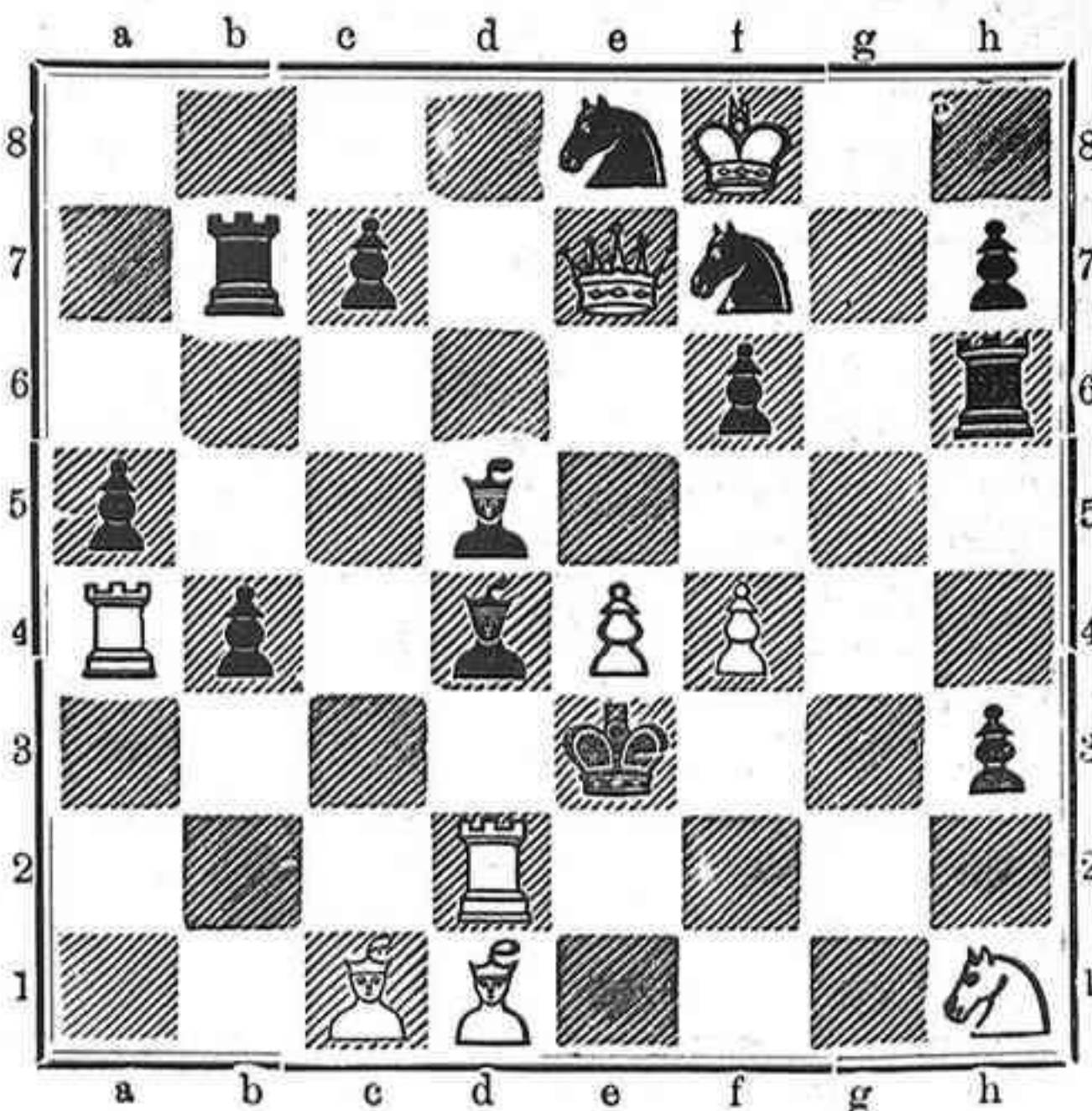
El eminente pianista y compositor Isaac Albéniz, fallecido el 18 de los corrientes en Cambo-les-Bains, y su hija Laura, notable pintora (De fotografía de A. y F. Fernández, dits Napoleón.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 521, POR V. MARÍN

2.º premio del Concurso del «Tidskrift for Schack» 1906.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 520, POR V. MARÍN

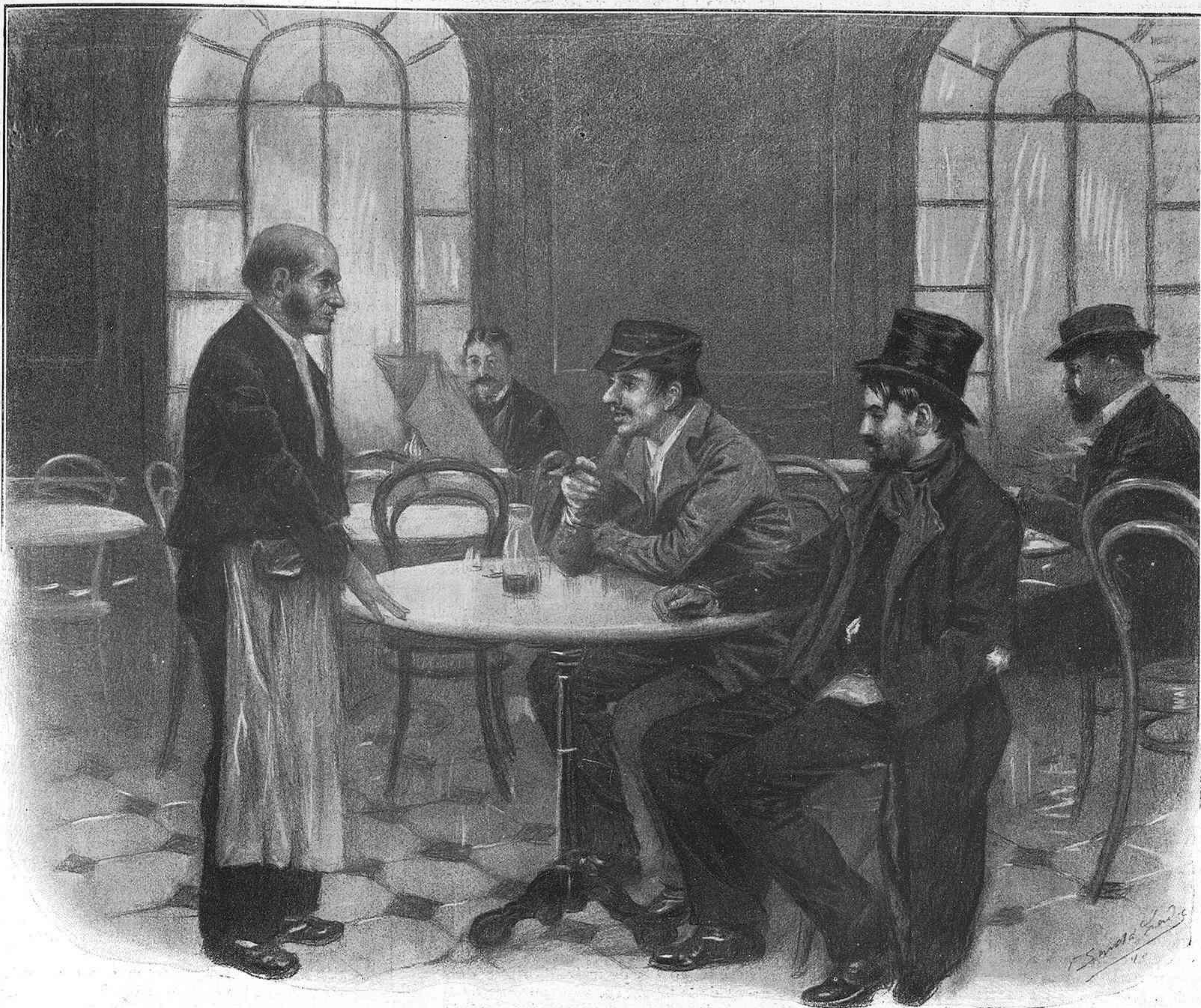
- |                |               |
|----------------|---------------|
| Blancas.       | Negras.       |
| 1. D b 5 - d 5 | 1. Cualquiera |
| 2. P ó D mate. |               |



## LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



El mozo les sirvió, examinando tan extraños clientes, cuyos trajes deslucidos y sombreros abollados no prevenían precisamente en su favor

Estas funciones, que consistían en la inscripción de la tarea ejecutada por cada preso, habían valido al marido de Juana Laroche algunos pequeños favores, una libertad relativa dentro de los altos muros del presidio, y esto había contribuido poderosamente á hacerle soportar con más paciencia aquella larga separación del mundo. Sin embargo, al pensar en el pasado, había experimentado terribles crisis de rebeldía y de rabia que había tenido que dominar las falaces apariencias de una resignación muy distante de su carácter.

El primer año, sobre todo, había sido terrible, y su naturaleza delicada, sus gustos de hombre bien educado, habían tenido que sufrir crueles ataques en la repugnante promiscuidad de los talleres, del patio y del dormitorio.

Sucesivamente había fabricado groseros chanclos, zapatos de vando, pantallas, expuesto á las pullas groseras que su falta de habilidad le suscitaba de parte de sus compañeros de infamia.

Pero su indomable energía y su confianza absoluta en un porvenir afortunado le habían dado la fuer-

za de dominar las sublevaciones de todo su ser, y el despreciable ladrón había concluido por llamar la atención benévola del personal de vigilancia y salir del círculo abyecto en que hasta entonces había vivido encenagado.

Prevenido la víspera, Luciano había puesto al día su rudimentaria contabilidad y transmitido el servicio á su sucesor, un alguacil escribano de provincias condenado á cinco años por abuso de confianza.

M. Martinet, el contratista, engañado por su resignada actitud, compadecía á su empleado. Le había interrogado á solas, y éste había deplorado hipócritamente el momento de aberración que, decía él con aparente remordimiento, había quebrantado su vida para siempre.

El miserable había representado en todas circunstancias la comedia del arrepentimiento, y en dos ocasiones distintas el director había hecho en su favor proposiciones de reducción de pena.

Si éstas no habían surtido efecto, era porque en el tribunal de París se tenía la convicción de que la mayor parte de lo robado en el Crédito Lyonés había sido escondido por el ladrón.

A todos los reproches que sobre el particular le habían dirigido, Luciano había contestado siempre con las negativas más formales.

Afirmaba que en la cartera del cobrador no había

más que billetes de Banco; los había perdido en el juego y no le quedaba nada.

El infame prefirió cumplir su pena hasta el último día á confesar su escondrijo de Meudon.

En los dormitorios de la prisión acababan de dar la señal de levantarse.

Por última vez, Luciano de Favreuse vistió el in-noble traje de presidiario y bajó con sus compañeros á esperar la hora de su licenciamiento.

En el banco en que tomó asiento había ya otro preso sentado y que cumplía también su pena aquel día.

Luciano le conocía perfectamente; los dos hombres se habían hecho mutuamente algunas breves confidencias.

Jerónimo Griffonier, ex pasante de notario, había sido condenado á cinco años de presidio por desfalco de valores en una testamentaria, y al entrar Favreuse en la prisión de Etampes, él desempeñaba las funciones de auxiliar de la escribanía.

El había matriculado á Luciano, y no había tardado en saber, por los vigilantes y por la lectura del registro, los motivos de su condena.

Una especie de simpatía había impulsado desde el primer día al ex pasante hacia aquel joven de buena familia, y la semejanza del delito cometido por cada uno de ellos había aumentado aún las buenas

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.



disposiciones de Griffonnier respecto al recién llegado.

Así es que cuando Luciano fué nombrado contador del contratista, funciones que le permitían, como al antiguo pasante, circular por toda la prisión, los dos penados no tardaron en intimar.

Griffonnier no había vacilado un instante en confesar á su compañero la causa de su condena; pero había desplegado poca habilidad, y la justicia encontró casi intactos los valores por él substraídos. El infeliz pasante, cuando hablaba de esto, se deshacía en maldiciones contra sí mismo.

Había sido un tonto, porque no había tomado mejor sus precauciones, porque se había dejado quitar lo que tan sutilmente había substraído. Después de todo, no se lo había agradecido nadie. ¡Ah, si las cosas pudieran hacerse dos veces!

Luciano se había mostrado más circunspecto, y no pudiendo negar el hecho material del robo, que el otro conocía perfectamente, creyó deber ocultar á su nuevo camarada, como á todo el mundo, que los valores del cobrador habían quedado en su poder y al abrigo de toda pesquisa.

Griffonnier no se dejó engañar por aquella disimulación; pero ante las negativas formales de Luciano de Favreuse, había acabado por no insistir, aunque sabía muy bien á qué atenerse.

—¿Y bien?, dijo en voz baja el ex pasante á Luciano, cuando éste se hubo sentado al lado de él. ¡Por fin llegó el suspirado día..., que parecía que nunca iba á llegar!.

—¡Ya era hora!, contestó en el mismo tono el marido de Juana.

—¿Para dónde tomas tu bastón?, preguntó Griffonnier.

Luciano vaciló un momento.

—Para Saint Denis, declaró luego.

Durante los tres años que acababa de pasar en contacto permanente con malhechores de toda calaña, Favreuse se había familiarizado con el lenguaje especial de aquella categoría de individuos, con la repugnante jerga de las cárceles.

Sabía, pues, que «recibir un bastón» significaba ser colocado bajo la vigilancia de la alta policía.

Durante cinco años le estaba prohibido residir en París. Pero esta particularidad le importaba poco á Luciano, pues no le impediría, tomando algunas precauciones, volver á la capital. Con tal de no cometer imprudencias capaces de llamar sobre sí la atención, estaba seguro de no ser molestado.

A menos de una casualidad extraordinaria, ¿quién de aquella agitada muchedumbre que llena las calles de tan enorme movimiento, iba á descubrir que tal ó cual transeunte había quebrantado su destierro?

Luciano se había hecho todas estas reflexiones, y con tal motivo había elegido por residencia obligada Saint Denis.

—¡Vamos, el 92 y el 115, en marcha!, gritó un vigilante penetrando en el taller.

Los dos cumplidos se levantaron, seguidos hasta la puerta por las miradas envidiosas de sus antiguos compañeros.

Luciano y Griffonnier fueron conducidos á la lencería, donde entregaron á cada uno un paquete bien atado y provisto de una etiqueta con su número de reclusión. Estos paquetes contenían la ropa que llevaban en el momento de su detención, y Luciano de Favreuse encontró allí el traje que se había hecho semanas antes del día fatal en que el pequeño le había reconocido. Pero ¡ay!, el chaqué, el pantalón, el gabán, todo se encontraba en un estado lastimoso; todo arrugado, ajado, lamentable, y su pobre sombrero también había sufrido desastrosamente las consecuencias de tan largo almacenaje.

Luciano contemplaba con tristeza su ropa, y Griffonnier, menos preocupado de su traje, estaba ya vestido, cuando su compañero aún no se había quitado la chaqueta de presidiario.

—¡Vamos, el 115, aprisa!, gritó el vigilante.

Favreuse se decidió al fin á vestirse, y procurando borrar las numerosas arrugas de su ropa, siguió á su compañero á la escribanía.

Las formalidades del encarcelamiento fueron pronto llenadas; luego hicieron firmar á los dos licenciados un recibo de la cantidad que á cada uno correspondía.

El peculio de Luciano se elevaba á trescientos veintidós francos cuarenta y tres céntimos, á los cuales el contratista Sr. Martinet había añadido una gratificación de cincuenta francos, queriendo así reconocer los verdaderos servicios prestados por su empleado.

En la situación en que el miserable se encontraba, aquella módica suma, débil producto de tres años de trabajo, constituía, después de todo, una pequeña fortuna.

Griffonnier, cuyo trabajo había sido algo menos retribuído, sólo tenía en su haber por sus cinco años de presencia en el penal una cantidad algo menor.

—¿Dónde se retira usted?, preguntó el escribano á Favreuse.

—A Saint Denis, contestó éste.

—¿Tiene usted allí algo en proyecto?, preguntó el jefe de vigilancia con cierto interés.

—Sí, señor, explicó Luciano; espero encontrar una colocación en una fábrica de productos químicos cuyo director fué amigo mío.

—¿Y usted?, preguntó luego el escribano al ex pasante.

—A Saint Denis también, declaró este último.

Luciano miró á su compañero con sorpresa.

En sus conversaciones de tiempo atrás, Griffonnier había contado su historia á su camarada. Hijo único de acomodados campesinos de la Bresse, sus padres le habían hecho dar una instrucción bastante completa; aspiraban á que su hijo fuese con el tiempo un rico burgués, un notario de fama ó algo por el estilo, y la condena del joven, al destruir de raíz las ilusiones de sus desdichados padres, les había asestado un golpe fatal.

Después de su encarcelamiento, Griffonnier había recibido sucesivamente noticia de la muerte de su madre, primero, y después la de su anciano padre.

El ex pasante se encontraba, pues, al frente de la herencia de sus padres y había anunciado varias veces á Luciano que inmediatamente después de su licenciamiento, se volvería á su país, vendería sus bienes é iría á instalar una agencia de negocios en Normandía ó en Picardía, cuyos habitantes tenían fama de litigiosos.

«¿Cómo era, pues, que Griffonnier, cambiando ahora de idea, manifestaba el deseo de acompañar á su camarada á Saint-Denis?»

Es lo que se preguntaba Luciano, sorprendido.

—¿Tiene usted allí relaciones?, interrogó el escribano.

—Perfectamente, contestó el ex pasante de notario; tengo allí uno de mis tíos, que es mi padrino, y estoy seguro de que me recibirá con mucho gusto.

—Está bien, dijo el escribano, que tomó nota de las declaraciones de los dos licenciados.

Entregaron á cada uno algo más de la cantidad necesaria para su viaje, pues el resto de su dinero debía serles enviado á su nueva residencia, conforme exigen los reglamentos relativos á la situación de los individuos puestos bajo la vigilancia administrativa.

Momentos después, la pesada puerta del penal se abrió y los dos licenciados se encontraron en la calle, algo aturridos y procurando orientarse.

En la acera de enfrente varias personas se habían detenido, examinando curiosamente á los dos hombres de aire inquieto, y Griffonnier, cogiendo á su compañero del brazo, se lo llevó.

—No estemos aquí parados, le dijo. Mira esa partida de salvajes que nos miran como fenómenos.

Luciano había recobrado un poco su aplomo, después de haber experimentado, al encontrarse libre, una especie de vértigo, y cojeando un poco, porque sus antiguas botas le venían ahora estrechas y le lastimaban, siguió á su compañero.

—Sé dónde está la estación, dijo éste; doblemos la esquina de la izquierda.

Cerca de la estación, entraron en un cafetín.

—Yo voy á tomar un ajeno, declaró Griffonnier; hace tanto tiempo que no lo he probado, que temo no reconocer el gusto.

—No, *absenta no*, contestó Luciano; un *vermut*.

El mozo les sirvió, examinando tan extraños clientes, cuyos trajes deslucidos y sombreros abollados no prevenían precisamente en su favor.

En virtud de una tolerancia que se tiene con los presos de buena conducta, Luciano y Griffonnier habían obtenido, un mes antes de su licenciamiento, la autorización de no afeitarse más, y sus barbas cortas, resaltando vivamente sobre la palidez de un tinte terroso peculiar de las personas largo tiempo encerradas, acababan de dar á su fisonomía algo de inquietante.

—¿Has cambiado, pues, de idea?, preguntó Luciano al cabo de un rato; yo creía que querías volver á tu país.

—Sí, lo he pensado mejor, explicó Griffonnier; ¡esos campesinos son tan estúpidos!. Ya puedes figurarte que están enterados de lo que me ha sucedido, y serían capaces de emprenderla contra mí... Basta ya con que mis padres hayan muerto de eso... Enviaré un poder á un notario, que venderá el bazar.

—¿De veras tienes un pariente en Saint-Denis?

—¡Ni lo he tenido nunca!. Pero como á alguna parte tenía que ir y tú ibas allí, prefiero acompañarte... Digo, si no te estorbo.

—No, no..., contestó algo evasivamente Luciano,

que de buena gana hubiera prescindido de semejante compañero de viaje.

Llegó la hora del tren y los dos licenciados lo tomaron.

Si Griffonnier había querido acompañar á su camarada, era que tenía un plan.

Conociendo los detalles completos del robo cometido por Luciano de Favreuse, no había podido menos de admirar la habilidad de su compañero, y como, por otra parte, estaba persuadido de que éste había puesto en lugar seguro los valores que la justicia no pudo encontrar, pensaba que con aquel capital, unido á lo que él poseía, y asociando su nuevo amigo á cierto negocio que contaba emprender, tendría más probabilidades de éxito.

Hacía ya rato que el tren rodaba. Luciano, reclinado en una esquina del coche, parecía abismado en profundas reflexiones.

Griffonnier le observaba.

El marido de Juana hizo de pronto un gesto que respondía á algún pensamiento íntimo.

—¿Qué tienes?, le preguntó el ex pasante.

—Nada, contestó Luciano. Pensaba en ciertas cosas.

—Entonces, ¿qué vas á hacer ahora?, interrogó Griffonnier.

El hermano de Edmundo se encogió de hombros sin contestar, con el aire de un hombre que aún no ha tomado ninguna resolución.

—Sin embargo, se podría emprender un buen negocio si tú quisieras, insinuó su compañero.

—¿Qué negocio?

—El mismo de que ya te hablé en la «casa grande.» ¡Ah, si yo tuviese á mi disposición algunos billetes de mil francos, ya veías!. Pero á lo sumo vendré á cobrar unos cuantos centenares de francos de mi herencia, y con esto no se va á ninguna parte. Al paso que si tú quisieras...

—¿Si yo quisiera qué?, dijo Luciano haciéndose el desentendido, pues demasiado había comprendido lo que su compañero quería decir. No supondrás que yo pueda darte los millares de francos que te faltan.

—¿Por qué no?.. Vamos, no insistas en quererme tomar el pelo. ¿No hay, por ventura, en algún rincón que tú conoces un paquete de valores que duerme tranquilamente hace tres años?

—Ya te he dicho que no, declaró secamente Luciano.

—¡Quieres callar!. El dejarse quitar el gato subtraído es bueno para los imbéciles de mi temple, pero un taimado como tú...

—Están locos con su historia de títulos ocultos, dijo el marido de Juana con cierto enfado. ¡No me dieron poca coba con eso durante la sumaria y en el tribunal!. Te repito que no hay nada de eso; absolutamente nada.

—No tienes confianza en mí, ni más ni menos, dijo Griffonnier, y haces mal. ¿Crees, por ejemplo, que tengo intención de birlarte tu dinero ó de venderte?.. Eso no se hace entre camaradas. Al contrario, quizá podría prestarte un gran servicio, en esta circunstancia.

—¿Un servicio?, preguntó Luciano con sorpresa.

—Sí, un verdadero servicio. No es tan fácil como tal vez te figuras eso de desprenderse de valores cuyos números han sido cuidadosamente anotados. Verdad que han transcurrido tres años, pero las listas de oposición subsisten.

El marido de Juana se encogió de hombros; pero Griffonnier continuó sin parecer haber notado el gesto:

—¡Ah, si cuando cometí mi desfalco hubiese sabido lo que sé hoy, no hubieran vuelto á verlos á los títulos! ¿Te acuerdas de aquel tipo alto y flaco que era contador en la sección de pantallas, en Etampes?

—Sí, dijo Luciano. ¿Qué quieres decir?

—Era ex cajero de un Banco de París y me enseñó la artimaña.

—¿Qué artimaña?

—El medio de vender los valores contra los cuales existe oposición..., y cuando quieras, me pongo á tus órdenes.

Luciano no contestó. En el fondo no tenía confianza alguna en su compañero de viaje; pero esta conversación acababa de sumirlo, sin embargo, en una viva perplejidad.

Aquellos valores que había escondido, ¿cómo iba á poderlos convertir en dinero? Por otra parte, ¿quién le aseguraba que se hallaban todavía donde él los había puesto? ¿Quién sabe si su escondrijo no había sido descubierto? ¿Quién sabe si la casita de la viuda Paumelle no había sido demolida?.. De esto tenía que cerciorarse ante todo.

Griffonnier podía tener, como él decía, un medio



de vender aquellos papeles... Luciano había oído hablar de ciertas agencias intérlopes, que existen sobre todo en Inglaterra, y que hacen casi abiertamente la negociación y el encubrimiento de títulos robados.

Había, pues, que asegurarse, por si acaso, aquel recurso.

—Te equivocas, Griffonnier, dijo Luciano momentos después, si crees que no me fío de ti.

—Pues cualquiera lo diría, refunfuñó el ex pasante.

—No, te lo repito, no es desconfianza..., pero por ahora no puedo utilizar tu ofrecimiento... Más tarde no digo, si la ocasión se presenta...

—Bueno, bueno, basta, interrumpió Griffonnier. Arregla tus asuntos, hombre. Me parece que si nos separamos ha de ser para volvernos a ver.

No se habló una palabra más del negocio.

El ex pasante sabía á qué atenerse y estaba persuadido de que su compañero no tardaría en venir á reclamar sus buenos oficios.

Una vez en Saint-Denis, ambos se hospedaron en el mismo hotel—una casita muy modesta,—y al día siguiente, después de una visita al comisario de policía, cobraron en correos el dinero enviado en lista por la administración del penal de Etampes.

Lo primero que hizo Luciano fué comprarse un traje nuevo. Se hizo arreglar el viejo y se encontró con ropa presentable.

La intención de Favreuse no era quedarse en Saint Denis, y en una conversación que sobre esto tuvo con Griffonnier, se resolvió que si Luciano necesitaba algo de su antiguo compañero de prisión le escribiría bajo un nombre supuesto y dirigiría sus cartas á una taberna algo apartada, establecida en la isla de Saint Denis, á la orilla del Sena, donde los dos camaradas habían almorzado ya dos ó tres veces.

Luciano de Favreuse estaba impaciente por ir á Meudon á ver si aún existía su precioso depósito. Estaba casi seguro de que Juana había vuelto á casa de su padre, y tiempo le quedaba para ocuparse de ella más tarde.

Una mañana partió para Meudon.

No necesitaba tomar precauciones para que no le conociesen; eran contadísimas las personas que de paso le habían visto en el país, y además, con toda la barba que se dejaba crecer ahora, estaba desconocido.

Sin afectación, como quien se pasea, pasó por delante del ventorrillo del «Petit Drapeau,» cerrado todavía, como lo estaba siempre en aquella época del año.

El corazón le palpitaba con alguna violencia cuando tomó el sendero que, pasando por detrás del bogedón, conducía á la casita en que había dejado á su esposa en circunstancias tan trágicas.

Todo estaba herméticamente cerrado y un letrero pegado en la puerta de entrada contenía esta invitación á los aficionados á la vida campestre:

SE ALQUILA

«Bueno—pensó el miserable;—la casa está inhabitada... Volveré esta noche.»

El licenciado bajó lentamente al Bajo-Meudon, almorzó en uno de los restaurants de la ribera y pasó el resto del día paseándose por los alrededores.

Era ya entrada la noche cuando Luciano reapareció delante del «Petit Drapeau.»

Dióle la vuelta y se encontró frente á su antiguo domicilio.

Presentábasele una dificultad. ¿Cómo subir al tejado en busca de la caja escondida bajo las tejas?.. No había que pensar en penetrar en la casa. El miserable no llevaba ningún instrumento para forzar las puertas, y este procedimiento no le era bastante familiar.

Aunque con alguna dificultad, había escalado la cerca del jardincito, y siguió á tientas la fachada de la casa, buscando algún objeto, escalera, palo ó tabla, que le permitiese subir al tejado, que no era muy alto.

Pero no encontró en la pared más que un encañado medio podrido que sólo se elevaba á la altura de un hombre.

Luciano empezaba á desesperarse, cuando hizo una exclamación sorda.

—¡Por aquí!, murmuró.

Acababa de poner la mano sobre el canalón. Era de hierro colado y bajaba desde el tejado hasta el suelo.

Después de sacarse el gabán, que dificultaba sus movimientos, el marido de Juana trepó por la tubería hasta la techumbre.

Recordaba muy bien dónde se encontraba su es-

condrijo, y andando á gatas con precaución por encima de las tejas, llegó hasta el tragaluz.

Allí se detuvo. Su corazón palpitaba con tal violencia, que casi le paralizaba los movimientos.

A la idea de que podía encontrar el escondite vacío, un sudor de angustia bañó las sienes del miserable.

De pronto aulló un perro en lontananza. Luciano se echó de bruces temblando, casi anonadado por la emoción.

Acababa de pensar que habían podido ver su silueta destacándose sobre el tejado.

Permaneció echado un buen rato sin hacer el menor movimiento, pero no tardó en reinar en los contornos el silencio más completo.

Siempre de bruces, Luciano ganó la lumbrera, y alargando el brazo, exploró durante un momento y levantó luego una teja. Era la que buscaba, una ligera deformación la hacía reconocible.

El miserable metió la mano en el hueco y no pudo contener una sorda exclamación de alegría.

La lata estaba en el mismo sitio en que él la había dejado.

El licenciado la abrió, sacó el sobre que contenía los valores y que metió en el bolsillo de su chaqué, tiró la lata vacía al jardín del «Petit Drapeau,» volvió á colocar la teja en su puesto y bajó por el canalón, no sin hacerse más de una desolladura en las manos.

Volvióse á poner el gabán, y escalando otra vez la cerca, se encontró en el camino.

¡Ah, con qué alegría apretaba ahora el paso! Sentía en su bolsillo los preciosos papeles... ¡Dinero, casi una fortuna, sesenta mil francos! ¡Con esto podía esperar los acontecimientos!

Durante aquella expedición nocturna, el marido de Juana no había pensado un solo instante en la infeliz por él dejada en aquella casa en el momento crítico de su maternidad. ¡Para él, lo importante era que había encontrado «su» dinero!

Iban á dar las doce de la noche cuando Luciano de Favreuse se retiró al cuartito que había alquilado provisionalmente en Saint-Denis.

Se encerró, y después de haberse cerciorado de que no podían ver de fuera lo que pasaba en su habitación, sacó el paquete que llevaba en el bolsillo, lo abrió y desplegó sobre su mesita los valores quitados al infeliz Landry.

No habían sufrido alteración alguna. Todo estaba intacto; él había tomado bien sus precauciones; protegidos por el envoltorio impermeable de papel embreado y por la lata, los títulos se hallaban en tan buen estado como el primer día.

No había que pensar en llevar constantemente encima aquel voluminoso fajo de papeles, y se preguntaba con ansiedad dónde podría esconderlos de nuevo. Los muebles de su cuarto no ofrecían una seguridad suficiente, y Luciano miraba en torno suyo bastante embarazado.

De pronto se le ocurrió una idea que le hizo sonreír.

«¡Ah—murmuró,—que me emplumen si vienen á buscarlos aquí!»

El mármol de sobre la chimenea se hallaba casi arrancado.

Luciano, después de haber quitado los objetos que aquél soportaba, lo acabó de arrancar fácilmente y sin el menor desperfecto. De esta manera descubrió una excavación, formada por la mampostería interior, donde escondió los títulos cuidadosamente envueltos. Volvió luego á ponerlo todo en su sitio, se cercioró de que no quedaba huella alguna de su operación, y satisfecho de haber encontrado intacta y puesta en seguridad aquella fortuna robada, se acostó con el propósito de ponerse al día siguiente en busca de Juana.

Estaba impaciente por saber lo que había sido de la criatura que su mujer había dado á luz y sobre la cual descansaban todas sus esperanzas de fortuna.

A la mañana siguiente, Luciano de Favreuse fué á París, y no paró hasta llegar al bulevar de San Germán.

Aunque estaba seguro de que no era fácil reconocerle con la barba, que modificaba completamente la expresión de su rostro, una aprensión le retuvo un momento de presentarse, y se detuvo en la acera de enfrente con la esperanza de ver á alguien, de recoger algún indicio que le proporcionase el medio de dirigir su conducta.

Esperó en vano: no vió á su suegro ni á su esposa, y resolvió entrar en la portería.

—¿El Sr. Laroche?, preguntó.

—¡Oh, caballero!, contestó la portera; hace mucho tiempo que el Sr. Laroche no vive aquí; hace al menos tres años.

—¡Tres años!.., exclamó Luciano sorprendido.

—Sí, señor, tres años; pero si es para algún nego-

cio, puede usted ver á los sucesores del Sr. Laroche.

—¿Cómo... sus sucesores! ¿Se retiró del comercio?

—Sí, señor. Es su antiguo empleado principal, el Sr. Bernard, quien continúa. Ahora es la casa Bernard y Jalufier.

—Descaba ver personalmente al Sr. Laroche, declaró el marido de Juana. Llego de viaje... é ignora...

—El Sr. Laroche no vive en París, contestó la portera. Al marchar de aquí fué á instalarse con su hija en su quinta del Cepellón, por la parte de Cognac, creo que en el departamento del Charente.

—¡Ah, bien, ya sé... muchas gracias!, dijo Luciano, que se retiró en seguida para disimular la contrariedad y el despecho que experimentaba.

Pensó luego en lo que acababa de oír, y no tardó en tomar una resolución: la de ir al Cepellón á reunirse con su mujer.

El miserable sabía muy bien que no podía esperar nada de su suegro; presumía cómo sería recibido si tuviese la audacia de presentarse ante él; pero contaba con el amor de Juana; creía, á pesar de todo, haber conservado sobre aquel corazón tan tierno bastante imperio para obtener su perdón.

Lo que necesitaba sobre todo el ladrón de amor era la criatura, por medio de la cual sería en cierto modo dueño de su mujer y de su suegro.

Sin perder tiempo en volver á Saint Denis, telegrafió á su hostelero á fin de que no se preocupasen de su ausencia, cuya duración no podía precisar; por lo demás, tenía su cuarto pagado por una quincena.

Tomó el tren en la estación de Orleans y á la mañana siguiente llegó á Segonzac, descubriendo ya desde la estación la quinta del Sr. Laroche, hacia la cual se dirigió después de haber almorzado en un pequeño restaurant.

Seguro de no ser reconocido, pasó varias veces por delante de la verja; pero allí tampoco pudo ver á Juana ni á su padre.

No se atrevió á preguntar á los criados, por temor de inspirar sospechas, y prefirió buscar en otra parte los informes que necesitaba.

La casualidad le sirvió á pedir de boca. Regresaba al pueblo, y volvía maquinalmente la cabeza para ver otra vez la quinta, cuando un campesino que le venía observando hacía un rato le interpelló.

—Qué magnífica finca, ¿eh?, dijo tomándolo por un forastero que admiraba el parque, realmente soberbio.

—Magnífica, en efecto, aprobó Luciano, encantado de la ocasión que se le ofrecía de poder hacer algunas preguntas. ¿A quién pertenece?

—¡Ah, usted no es del país! Ya me lo figuré, dijo el campesino.

—No, contestó el marido de Juana; estoy de paso y esta propiedad me ha llamado vivamente la atención.

—Pertenece al Sr. Laroche, explicó el campesino; el propietario más rico de Segonzac.

—¡El Sr. Laroche!.., dijo vivamente el licenciado. ¡Ah, sí, recuerdo este nombre!.. Ese señor ha vivido en París, ¿verdad?

—Eso es.

—Era comerciante en alcoholes.

—Sí, una casa de primera, añadió el campesino con un sentimiento de orgullo.

—Ahora la recuerdo perfectamente. Una casa de primer orden, en efecto. Ese Sr. Laroche era viudo, con una hija casada, ¿no es así?

—Es decir, que la hija del Sr. Laroche estuvo efectivamente casada en París, como usted dice, pero al parecer no lo está actualmente.

Luciano había topado con un hombre á quien le gustaba hablar.

—¿Es viuda?, preguntó con fingida indiferencia.

—No se sabe, contestó el campesino. Se han contado diferentes historias, pero la verdad es que no se sabe en definitiva lo ocurrido. La señorita Juana vive siempre aquí sola con su padre.

—Quizá está separada de su marido, dijo Luciano, si no vivieron en armonía.

—¡Puede ser!

—Lo malo es cuando hay hijos.

—Es verdad, aprobó el campesino; pero la señorita Juana, en medio de su desgracia, tiene la suerte de no tener hijos.

Luciano estuvo á punto de venderse y apenas pudo retener una exclamación.

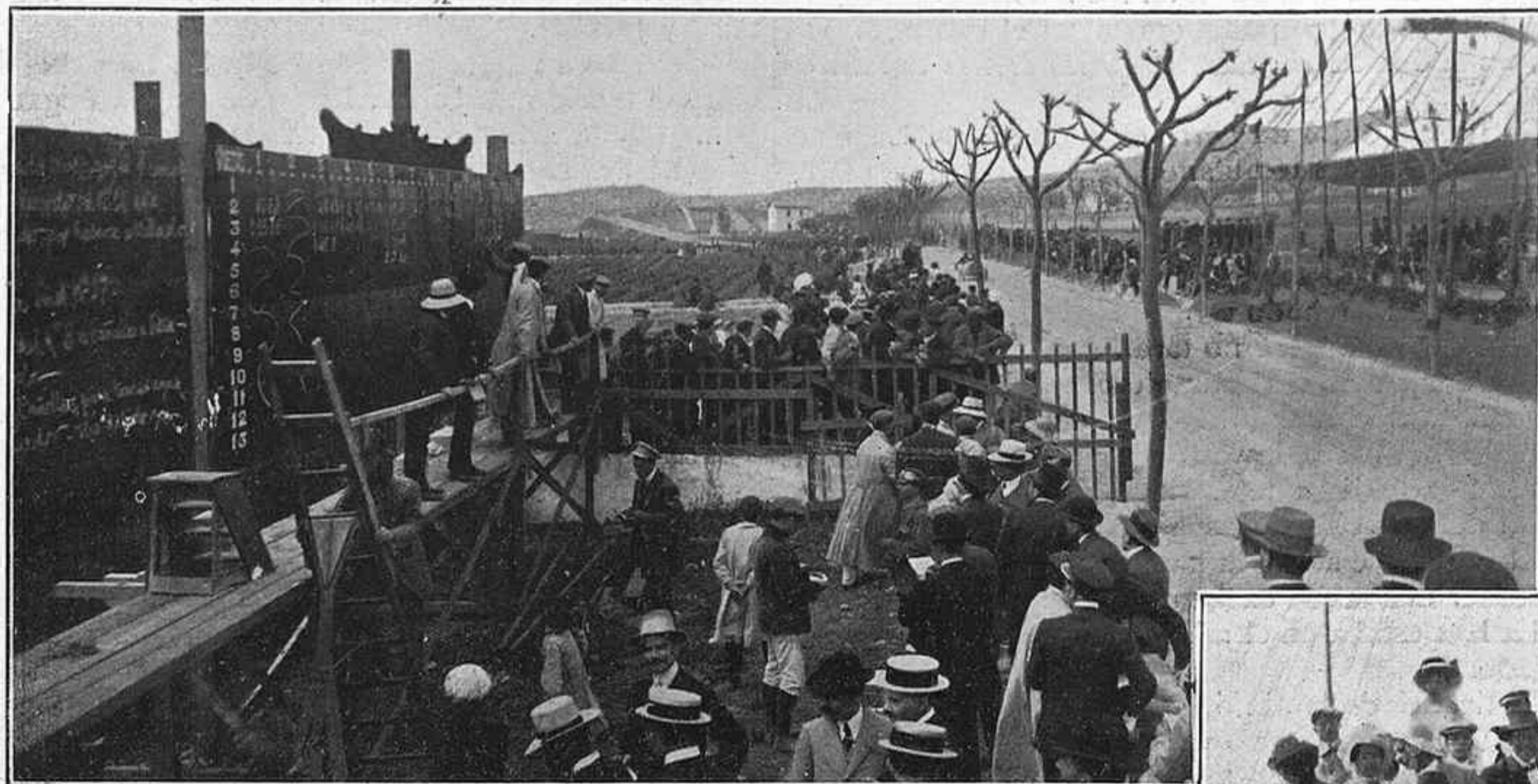
—¡No tiene hijos!, pensó. ¿Qué pasó entonces?.. ¿Qué ha sido del que Juana iba á dar á luz?

Con mil precauciones siguió interrogando al campesino, y no se separó de él sino con la certeza de que el Sr. Laroche había llegado al Cepellón con Juana sola y que ni en la quinta ni en el pueblo se habló nunca de hijo alguno de la joven señora.

(Se continuará.)



## COPA CATALUÑA.—CARRERAS DE VOITURETTES.—CIRCUITO DEL BAJO PANADÉS



El cuadro de «affichage» durante las carreras

El circuito del Bajo Panadés, en donde se disputó el día 20 la Copa Cataluña, es el mismo del año pasado, cuya descripción hicimos en el número 1.379 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, si bien con algunas mejoras, de las cuales la más importante ha sido la construcción de un puente de tramo metálico en el paso a nivel del ferrocarril, á fin de evitar que los corredores hubiesen de detener su marcha para dejar paso á algún tren. Las condiciones de la carrera eran también las mismas, sin más diferencia que la de ser este año el recorrido de 364 kilómetros (trece vueltas), en vez de 252 (nueve vueltas), que fué en el anterior.

A las ocho menos cuarto, previa la inspección del circuito por un coche piloto en el que iba un comisario, dióse la salida, que efectuaron, de minuto en minuto, las trece *voiturettes* por el orden siguiente: Giuppone (Lion-Peugeot), Dessy (Dion-Bouton), Goux (Lion-Peugeot), Soyze (Werner), Joval (Lion-Peugeot), Zucarelli (Hispano-Suiza), Pilleverdier (Hispano-Suiza), Demester (Demester), Boillot (Lion-Peugeot), Sizaire (Sizaire Naudin), Avaray (Le Gui-Guillemia), Dery (Hispano-Suiza) y Magre (Gregoire).

En la primera vuelta iba delante Giuppone (23 minutos, 39 segundos), seguido de

hicieron Goux, Avaray, Soyze, Pilleverdier y Sizaire, que fueron desde entonces los únicos que se disputaron y terminaron la carrera.

A las dos y veinte, grandes aplausos señalaron la llegada del ganador de la Copa Cataluña: era Goux, que había recorrido los 364 kilómetros en 6 horas, 18 minutos y 6 segundos, es decir, con un promedio de 57 kilómetros de velocidad por hora. Siguieron luego Sizaire y Soyze, que hicieron el recorrido en 7 horas, 37 minutos, 46 segundos, y 7 horas, 38 minutos y 5 segundos respectivamente. Pilleverdier, que llegó el cuarto, ganó la Copa del Real Automóvil Club de Valencia y 1.000 pesetas (no 3.000 como equivocadamente dijimos en el número último) del Real Automóvil Club de España.

La carrera fué presenciada por un público numerosísimo que acudió á Sitjes haciendo el viaje por mar, en ferrocarril y en coche ó en automóvil por la carretera. Las tribunas de preferencia y los palcos, ocupados por las familias más conocidas de nuestra capital, presentaban un aspecto brillantísimo; la pública estaba también muy concurrida y el espectáculo que



Gran automóvil que condujo á Sitjes cuarenta excursionistas



Grupo de corredores y chauffeurs que tomaron parte en la carrera

Goux (23' 48") y de Zucarelli (24' 56"); la mayor velocidad en esta vuelta correspondió á Goux (72 kilómetros por hora), quien ganó, por consiguiente, el premio del hotel «Gran Continental» de Tarragona. En esta vuelta se inutilizó la *voiturette* de Dessy.

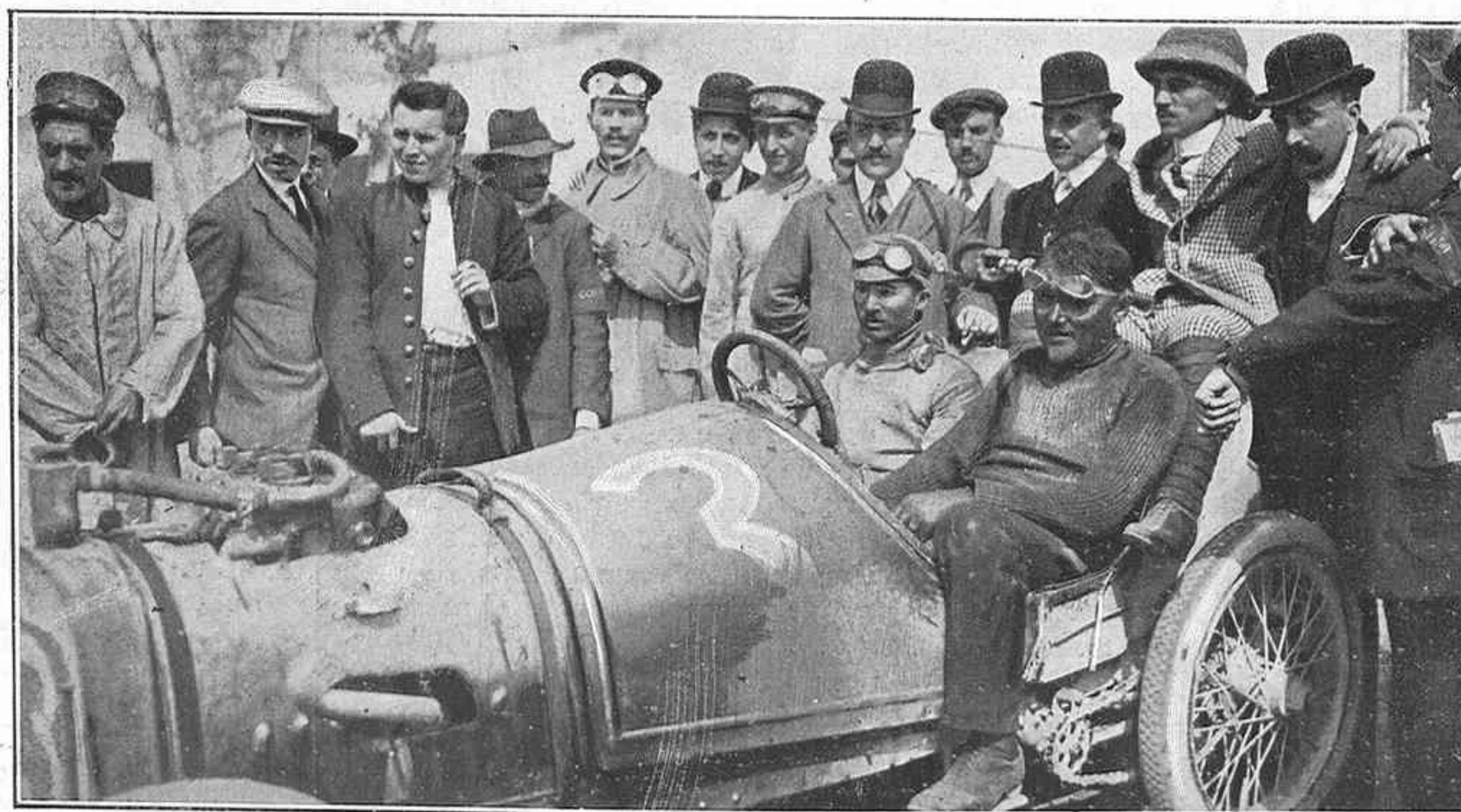
El orden de paso por delante de la tribuna en la segunda vuelta fué: Giuppone, Goux y Zucarelli. En esta vuelta se retiró, á causa de averías en su máquina, Magre.

En la tercera, Goux se había adelantado á Giuppone, siguiendo á éste Zucarelli.

En la cuarta, pasó delante Zucarelli; el segundo fué Dery y el tercero Goux. En esta vuelta inutilizáronse las *voiturettes* de Giuppone y de Demester. El primero, el ganador de la Copa Cataluña el año pasado, era, en el presente, el corredor favorito. Magre, que había reparado su avería, reanudó la carrera.

En la quinta, pasó primero Zucarelli, seguido de Goux y de Dery, que conservaron este mismo orden en la sexta.

La séptima vuelta sólo la



El corredor Goux, vencedor en la carrera, ganador de la Copa Cataluña, de la Copa de S. M. el rey y de otros premios

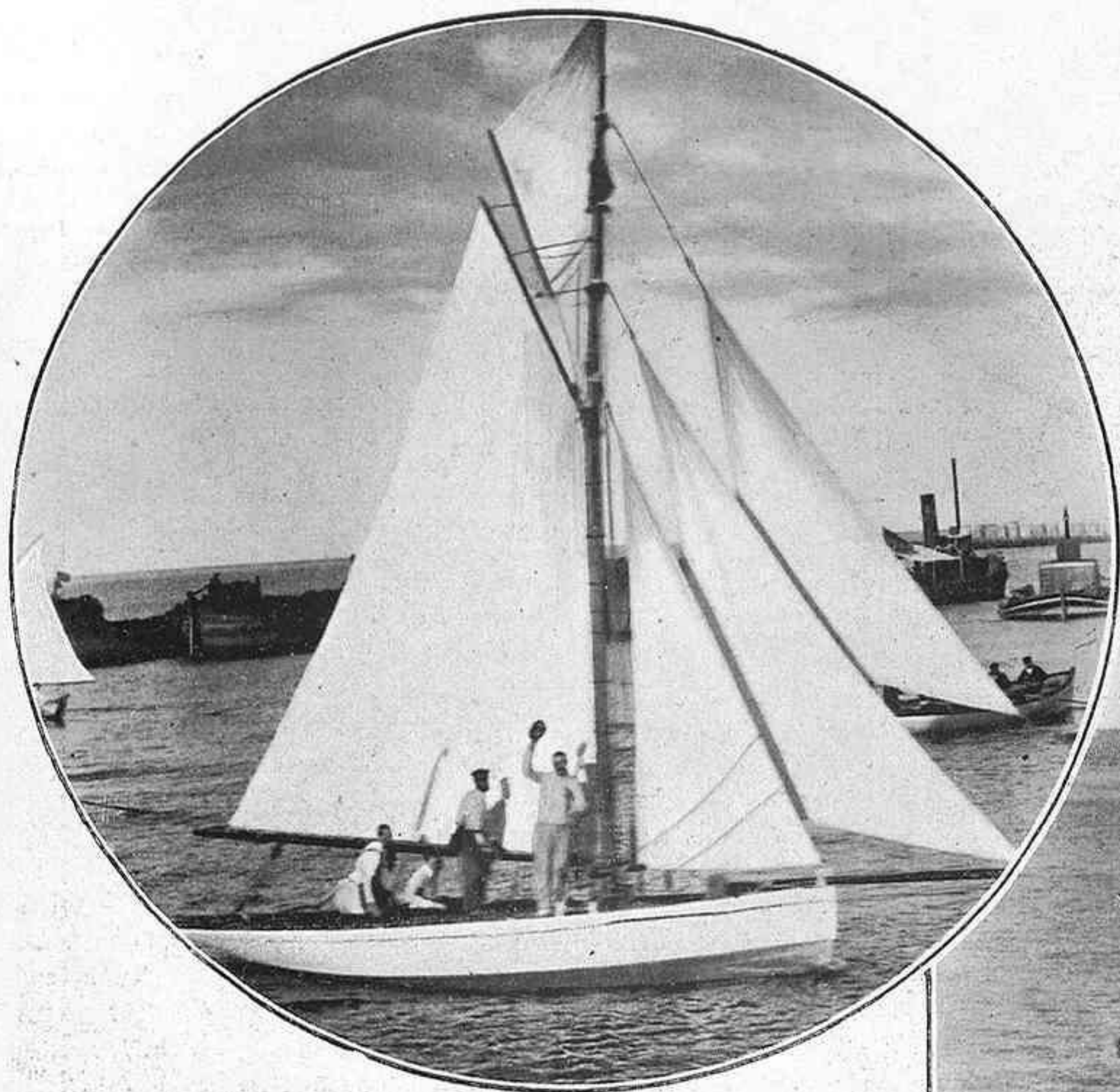
ofreció era de una animación extraordinaria. Además, en muchos sitios del circuito había grupos numerosos estacionados en excelentes posiciones para observar las peripecias de la carrera.

Un tiempo hermoso favoreció la fiesta, que transcurrió sin ningún accidente desagradable, aparte de los desperfectos sufridos por algunas máquinas. Todos los servicios estuvieron perfectamente atendidos, y la carrera se efectuó con la mayor regularidad, gracias á la excelente organización que á la misma ha sabido dar el Real Automóvil Club de Barcelona, merecedor del elogio de cuantos se interesan por estos espectáculos deportivos.

Los corredores y *chauffeurs* que figuran en el grupo adjunto son, de izquierda á derecha: Magre, Sizaire, *chauffeur* de Demester, Avaray, Dessy, Ravelli (*chauffeur* de Zucarelli), Zucarelli, Dery, Pilleverdier, Giuppone, Goux, Boillot, Soyze y *chauffeur* de Soyze. — S.

(Fotografías de A. Merletti.)





Balandro «Chance» del Real Club Tinerfeño, que ganó la Copa de la regata crucero Tenerife y el primer premio de las regatas á vela.

REGATAS EN SANTA CRUZ DE TENERIFE

Interesantes han sido las regatas celebradas recientemente en la hermosa capital canaria el día 9 de los corrientes, y en las cuales han tomado parte embarcaciones del Real Club de Gran Canaria y del Real Club Tinerfeño.

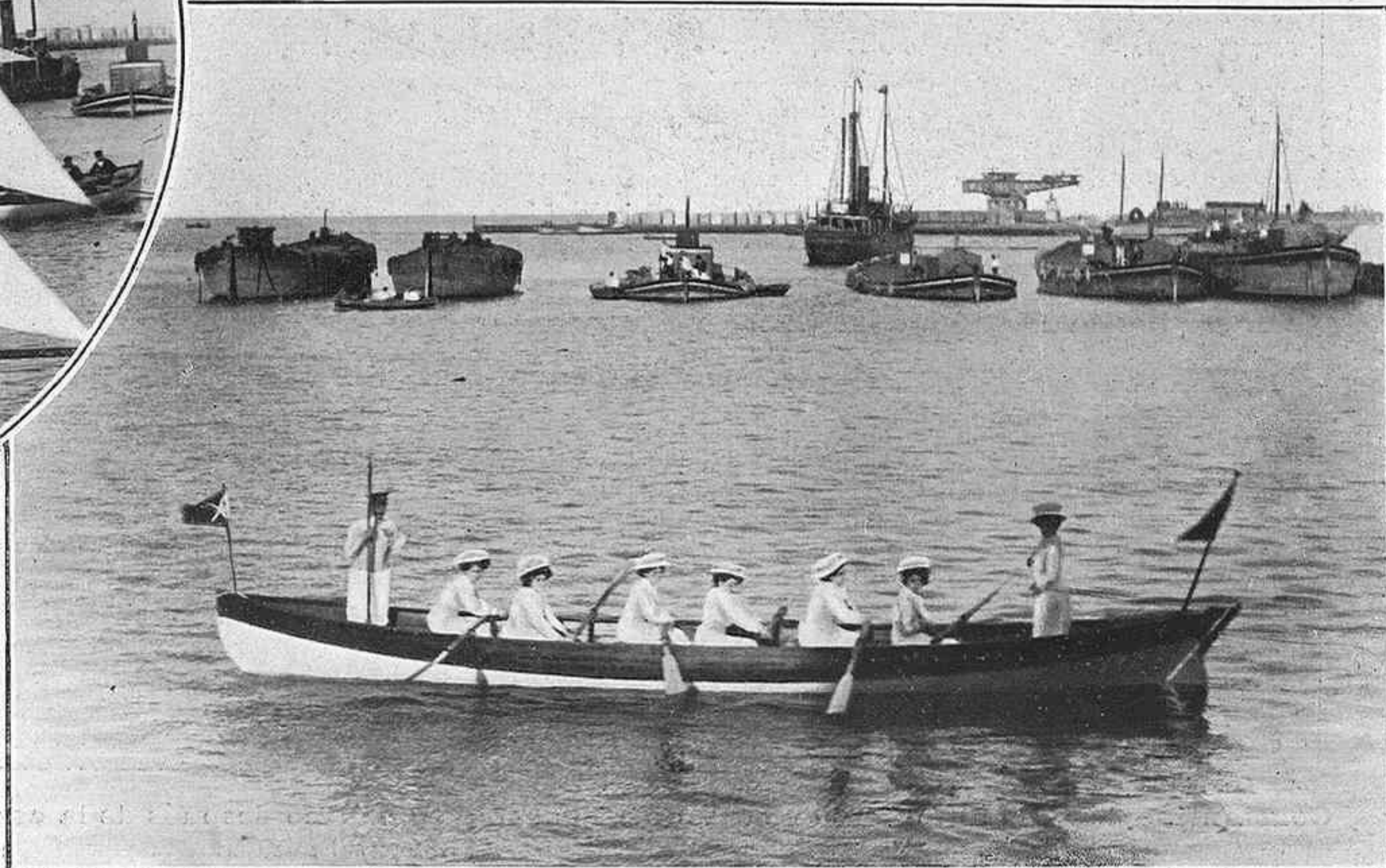
La más importante fué sin duda la de crucero Tenerife para balandros que debían recorrer una distancia de 52 millas. Cuatro fueron los inscritos: Rafael y María del Carmen, del Real Club de la

Gran Canaria, y María y Chance, del Real Club Tinerfeño. En ella salió vencedor el balandro Chance, cuyo patrón era el Sr. Sampson, quien ganó la Copa ofrecida por la casa Elder y el premio de la Excma. Diputación Provincial; el segundo premio del Club Tinerfeño, lo obtuvo María del Carmen. El tiempo empleado en el recorrido por el Chance fué de 10 horas, 37 minutos y 20 segundos.

Ofrecía especial interés la regata de remeras, en la cual lucharon dos equipos, el azul y el rojo, formados: el primero por las señoritas Adela Arriaga, Dolores Mulet, Elia Doblado, Emma Martínez de la Torre, Mercedes Calzadilla, Mercedes del Moral y Jacinta Guimerá (timonel); y el segundo por las señoritas Aurora Sáez, Carmen Cabrera, María Arriaga, María J. Brage, María S. Guimerá, María del Moral y Sara Martínez de la Torre (timonel). Ganó la regata el equipo azul.

Completaban el programa de la fiesta deportiva la regata de canoas de seis remos, que fué ganada por la que tripulaban los Sres. Villa, Dyne, Arriaga, Shenton, Bluiett y Nauts, con D. Anatolio Fuentes de patrón; y la regata de balandros con un recorrido de seis millas en triángulo, en la que tomaron parte cinco embarcaciones, saliendo vencedora Chance, con el citado patrón Sr. Sampson, que invirtió 3 horas, 24 minutos y 24 segundos.

El Real Club Tinerfeño, organizador de las regatas, ha merecido entusiastas plácemes, así por la buena organización como por el éxito brillante de las mismas. - N.



Equipo de señoritas vencedor en las regatas de remeras (De fotografías remitidas por nuestro corresponsal en Santa Cruz de Tenerife Sr. Delgado Yumar.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona



## Dentición

# JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO

FACILITA la SALIDA de los DIENTES

y previene todas las accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUBE, 78, Faub<sup>9</sup> Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

**DICCIONARIO** de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, Bescherelle, Littré, Salvá y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes e idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. — Aragón, 255, BARCELONA

**VIDA DE LA VIRGEN MARÍA**

CON LA HISTORIA DE SU CULTO

EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

## PILULES

EXIGIR LA SIGNATURE

# de BLANCARD

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>ie</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

**ANEMIA** DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**

El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

**Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano**

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes e industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núms. 309-311, Barcelona

AVISO Á  
LAS SEÑORAS



**EL APIOL** DE LOS  
**JOSEPH HOMOLLE**

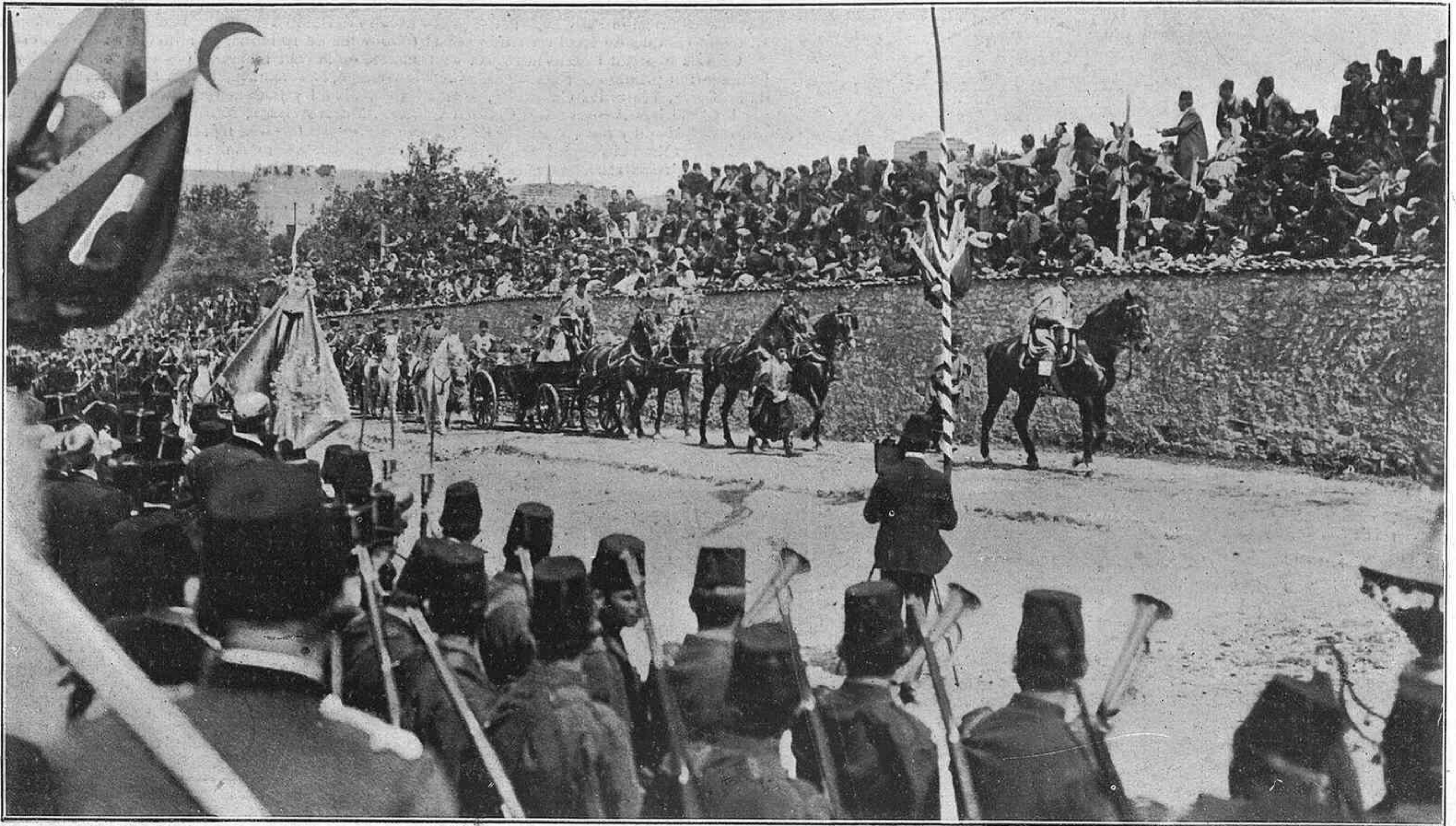
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPRESIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ie</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 16, rue de l'Echiquier, Paris, que envía gratis su curioso librito.





Constantinopla.—El sultán Mohamed V dirigiéndose á su palacio después de la ceremonia de su investidura en la mezquita de Eyub (De fotografía de Carlos Trampus.)

Con gran pompa celebróse el día 10 de los corrientes en Constantinopla la ceremonia de ceñirse el nuevo sultán Mohamed V la espada de Osmán, ceremonia equivalente á la coronación de otros soberanos.

El acto se efectuó en la mezquita de Eyub, con un tiempo espléndido y un gran alarde de fuerzas, y fué presenciado por una multitud inmensa que aclamó incesantemente al emperador.

El sultán llegó á la mezquita al mediodía, siendo allí recibido por los ministros, los altos funcionarios, el jeque-ul-islam, el gran tjelebi y numerosos imanes; una hora después salió ceñiendo la espada histórica, y fué á recorrer el barrio de Estambul, deteniéndose en la puerta de Andrinópolis para saludar al cuerpo diplomático, que ocupaba unas tiendas, en la mezquita de Fatih, y en el palacio de Top-Kapú, en donde estaban reunidos los diputados. A las tres hallábase de regreso en Dolma-Bagtché.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
**Exigir la Firma WLINSI.**  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
 SOBERANO contra  
**ASMA**  
 CATARRO, OPRESIÓN  
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
 30 AÑOS DE BUEN ÉXITO  
 MEDALLAS ORO Y PLATA.  
 PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR**  
 Célebre Depurativo Vegetal  
 cura las **ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
 Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.  
**EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO**  
 H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>o</sup>, 102, R. Richelieu, París.  
 Todas Farmacias.

Paris  
 Date de 1849  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Póno y conserva el cutis limpio y terso  
 Casa GANDÈS  
 B<sup>o</sup> St-Denis, 46

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Par. los brazos, empleese el **PILVORÉ**. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN